

# REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 y 6.—VALLADOLID

## Echegaray y su teatro

Tienen los homenajes que ahora se rinden a Echegaray, algo de desagravio. Idolatrado un día, aclamado por un público al que fascinaba con la magia de sus sugestivas creaciones dotadas de magnética fuerza espiritual, Echegaray sobrevivió a su fama y a su tiempo, y en los postreros días de su vida, larga y fecunda, se vió rudamente combatido, negado, y padeció las amarguras del abandono y el desdén. Soberano absoluto de la escena española durante un periodo que llega desde 1874 a 1900, extínguese realmente su vida literaria en aquella apoteosis de 1905, motivada por la concesión del premio Nobel. Aquel magnífico espectáculo, que sólo en las coronaciones de Zorrilla y de Quintana tenía precedente, fué el ocaso del glorioso nombre del dramaturgo. Después de aquello, Echegaray, atento al prudente consejo de Gracián: «no aguardes a ser sol que se pone», enmudeció. El viejecito octogenario, menudito y friolento a quien hemos conocido, firitando bajo su gabán de pieles, cuidando el jardinillo de su hotel de la calle de Zurbano, asistiendo a su despacho de la Tabacalera, dictando algunos trabajos de vulgarización científica, era un residuo del Echegaray político, científico y burócrata, pero no tenía en sí nada del dramaturgo de vigorosa imaginación que, allá por el 85, estremeciera multitudes en los estrenos de *En el seno de la muerte* y *El gran Galeoto*.

Ingeniero, sociólogo, economista, político, Echegaray fué, ante todo y sobre todo, un hombre de teatro. La inclinación a la literatura dramática le acompañó toda su vida: puede decirse de él que fué un dramaturgo neto, aunque larvado, durmiente y a la espera durante muchos años. Una página de sus *Recuerdos* nos dice que en la primera infancia, en brazos aún de su niñera, Echegaray tuvo una extraña, incomprensible aparición; vió una dama pálida y enlutada, envuelta en flotantes velos

de crespón, que le miraba, le miraba entre los cortinajes de una embocadura de teatro. Aquella visión, menos explicable si se considera que Echegaray entonces todavía no había visto un teatro, fué la musa inspiradora de su obra literaria; todos los dramas de Echegaray están escritos bajo la influencia de aquella dama pálida y siniestra, que sólo podía sugerir escenas de dolor y de sangre.

El primer contacto de Echegaray con el teatro no fué como autor, sino como actor: a los 12 años Echegaray, en un teatrillo casero, interpretó un papel de gitano en un entremés, entonces muy en boga, que se llamaba *La feria de Mairena*.

Estudiante en Madrid, Echegaray gastaba sus asuetos asistiendo al teatro, contribuyendo con su entusiasta aplauso al éxito de *El hombre de Estado*, *El tejado de vidrio*, *Angela*, todas aquellas plácidas comedias de Tamayo y de Ayala, reyes de la escena a los que había de destronar bien pronto el propio Echegaray.

No había, sin embargo, el joven Echegaray pasado de profesar a la dramática un amor platónico y a distancia. Era ya ingeniero cuando con su amigo y compañero Broockman pergeñó un drama, *La cortesana*, visiblemente influido por Dumas, que no llegó a representarse. Donosamente, con ese gracejo que es una de las cualidades menos apreciadas en Echegaray, describenos él mismo la lectura de *La cortesana* en una tertulia de amigos. Había entre los oyentes uno que tenía la deplorable costumbre de morderse las uñas; otro padecía de fuertes gastralgias; al oír el drama, el primero—dice Echegaray—se comió concienzudamente las diez uñas de sus manos; el segundo se sintió aquejado de un rabiosísimo dolor de estómago. «Y en aquella furiosa comezón y en esta súbita agravación gástrica—continúa don José—vi yo señales indelibles de que mi drama estaba llamado a producir grandes emociones».

No bastó, sin embargo, esta convicción para decidirle a dar sus obras al teatro. Echegaray era muy tímido, tan tímido que para leerle a Ayala un drama, *La hija natural* (representado más tarde con el título *Para tal culpa, tal pena*) acudió al disparatado recurso de aprovechar el Carnaval e ir a casa del comediógrafo con capuchón y careta. «A mí—dice Echegaray—me parecía aquello cosa muy natural y puesta en orden, y me sorprendió, y hasta me enojó un tanto, el que Ayala no contesase a la carta en que le proponía mi enmascarada visita, y que él tomó sin duda por pretensión de un loco rematado».

Fué mucho después, en 1874, cuando Echegaray estrenó su primera obra, *El libro talonario*. Tenía Echegaray 42 años, era ministro de Hacienda. Presentó su obra a Matilde Diez con un pseudónimo fácil de descifrar, *Jorge Hayesecca*, diciendo que era cosa de un joven a quien había conocido en París. Campoamor descubrió el enigma diciendo: «Esto no puede ser más que de Echegaray». Y el descubrimiento enojó mucho a Martos, que al salir de un Consejo de ministros dijo a Echegaray que no podía creer que la obra fuese suya como se decía, porque juzgaba una imprudencia que un ministro escribiera dramas y comedias. No se explica la actitud de Martos, pues en aquella época un ilustre político, Ayala, daba sus obras a la escena y salía a recoger los aplausos del público, sin más que una distinción digna de notarse por su puerilidad: cuando Ayala ocupaba un alto cargo (ganó alguno de sus más resonantes éxitos siendo presidente del Congreso) en lugar de coger las manos de los actores para saludar según es costumbre, avanzaba solo hasta la batería, por entender que así... conservaba mejor su dignidad.

\* \* \*

A contar del estreno de *El libro talonario*, Echegaray alejose de los campos en que hasta entonces había desplegado su actividad intelectual, dedicándose con fruición al teatro, del que había de ser durante mucho tiempo mantenedor principal y casi único.

Su balance literario arroja un total de 68 obras (34 en verso y 34 en prosa), lo que supone un promedio de tres obras por año, descontando algunas en que, amargado por fracasos que estimara notoriamente injustos, dejó inactiva su pluma. En el teatro de Echegaray cabe distinguir los dramas que, conforme al tecnicismo en uso cuando él escribía, llamábanse «de época» o «de capa y espada», y los psicológico-sociales en que se plantea un conflicto, cuyos elementos suelen ser amor, honor y dignidad. Amor, honor y dignidad son para Echegaray los únicos resortes humanos de la vida, a los cuales debe agregarse, para completar el interno mecanismo de las almas, otro móvil superior y extrahumano que se impone irresistible: la fatalidad.

Y he aquí el principal y más grave defecto del teatro de Echegaray; lo que hoy le hace inactual a los ojos de muchos; lo que motiva las acerbas críticas de que viene siendo objeto desde el noventa y ocho.

Los hombres y las mujeres del teatro de Echegaray son de un mecanismo bien poco complicado; sus actos todos obedecen a un solo impulso o, cuando más, para que haya conflicto, a dos violentos impulsos encontrados: sometidas a la presión de ambas fuerzas opuestas, las pobres almas tienen que estallar, y la fatalidad, representada por accidentes fortuitos habilmente enlazados, se encarga de preparar el estallido y hacer posible el drama. Esto es todo, y hay que reconocer que artísticamente es muy poco.

El más piadoso análisis descubre el artificio de los dramas de Echegaray, su débil contextura, su falta de realidad y de elemento humano. Nada de lo que en ellos sucede obedece a motivos racionales; todo está amañado, «preparado», con destreza sin duda, pero con absoluto olvido de la lógica; no es la vida la que empuja a los seres hacia un desenlace casi siempre funesto; es el capricho del dramaturgo; la misma fatalidad no es una fuerza suprema y trágica como en Grecia; es un fantasmón, un recurso de guardarropa, un «frasto» que con toda su espantable apariencia puede ser derribado de un papirotazo, detrás de cada personaje se ve al autor moviendo los hilos.

Todo es falso en el teatro de Echegaray; todo obedece a causas secundarias y externas, que pudieran actuar en sentido inverso: lo accidental, lo fortuito, lo condicionado y accesorio se sobrepone a lo esencial, sustantivo y eterno; los hechos; los menudos hechos, gobiernan y arrastran a los hombres. Y véase cómo Echegaray, individualista en filosofía y en política, se pasó la vida haciendo un teatro antiindividual. Ello no bastaría por sí solo para tacharle de artificioso, porque Echegaray pudo, buscando los motivos de sus dramas fuera del hombre, hacer un teatro realista, superrealista, hecho de realidades objetivas, basado en ese objetivismo fatalista, hoy muy en boga, que convierte a los hombres en siervos y juguetes de las cosas. Pero no es este objetivismo el que inspira el teatro de Echegaray; lo que mueve a sus personajes, lo que decide de su suerte, es el detalluco adventicio y fácilmente evitable, es el chinarro puesto en el camino, la «maldita casualidad».

Recordemos *El gran Galeoto*, modelo el más perfecto de las bellezas y de los defectos del teatro echegarayesco. Para que el drama exista es preciso que la sala de armas en que don Julián se bate con el difamador vizconde de Nebreda esté en la misma casa en que vive Ernesto, y que a la misma hora en que el duelo se efectúa, Teodora cometa la imprudencia de ir a visitar al que la maledicencia señala por su amante. Toda esta

preparación, cuyo artificio expuesto así queda al descubierto, es indispensable para la «gran escena» final del segundo acto, clave de la obra, en que los padrinos llegan con don Julián herido buscando un refugio en la alcoba de Ernesto, y Ernesto les cierra trágicamente el paso, y Teodora sale de la estancia, haciendo que don Julián y todos crean lo que cualquiera creyera en semejante lance. Suprimamos aquí lo accidental, lo que está fuera y lejos del drama; hagamos que el duelo se realice en otro sitio; pongamos en Teodora unos adarves de buen sentido, los precisos para evitar el arranque irreflexivo que la lleva a casa de Ernesto... y no hay drama posible.

Pues ¿y *La desequilibrada*? Teresina huye de casa de su aborrecible marido; el espectador respira satisfecho al ver a la simpática protagonista libre de la tiranía de aquel monstruo glacial, pero al mismo tiempo se pregunta:—¿Qué pasará en el cuarto acto?... Para que haya cuarto acto hace falta que Teresina, sin la menor justificación, vuelva a su casa y caiga de nuevo en las garras de la esfinge de hielo, y no tenga para salir de entre ellas más recurso que el crimen cuyo relato terrorífico nos hace en la última jornada, ya en pleno desvarío.

¿Y *Mariana*? ¿Puede haber nada más artificioso, más de ebanistería, que el conflicto en que se coloca a la pobre Mariana? Mariana aborrece a los hombres; ha aprendido a odiarles en la persona de uno solo: el seductor de su madre. Pero esta general odiosidad tiene una dulce excepción: Daniel. En Daniel Mariana perdona todos los pecados del género masculino. Para que surja el conflicto Echegaray, hace que Daniel sea «precisamente» hijo del aborrecido seductor, y que «precisamente» en el momento en que se dispone a corresponder al amor de Daniel, averigüe Mariana la terrible verdad que llega a ella por el recurso absurdo de las arracadas de don Cástulo. ¡Siempre la casualidad, la «maldita casualidad!»...

Los dramas de Echegaray, se ha dicho muchas veces, son frías ecuaciones, problemas de álgebra literaria en que los hombres se manejan como cifras a las que se da un valor convencional para obtener un resultado ya previsto. La esencia de las obras echegarayescas suele ser la siguiente: un hombre o una mujer—un hombre mientras las figuras centrales de nuestra escena fueron Vico y Calvo; una mujer desde que comenzó a culminar en nuestro teatro la gran María Guerrero—hállase en trance de elegir entre dos caminos; desde las primeras escenas comprenden los espectadores cuál es de aquellas rutas de vida la que conduce a la felicidad del personaje; únicamente

no participa de esta clara visión del porvenir el propio interesado que, ciego o tonto de capirote, elige de ambos caminos el peor; un funesto callejón sin salida que le lleva a la desesperación y la muerte. Casi todos los dramas de Echegaray están levantados sobre una equivocación, sobre una mala inteligencia: es la misma técnica del *vaudeville*, de la comedia de enredo, que en lugar de utilizarse para urdir una regocijada farsa se aplica para preparar un desenlace siniestro, encomendando a la pistola, el puñal, la espada o el veneno, la solución de un conflicto que pudo evitarse con unas cuantas francas explicaciones que esclarecieran la verdad y pusieran las cosas en su punto.

Adolecen por ello los dramas de Echegaray de una perfinaz monotonía. En todos se emplea el mismo procedimiento, idénticos recursos: la carta comprometedora, la chimenea encendida que desempeña un doble oficio: servir para que en el momento oportuno se consuman entre sus llamas «los papeles» que encierran el secreto del bien o del mal, y alumbrar con su rojo resplandor fatídico esas escenas a oscuras a que se muestra tan aficionado Echegaray porque—como dice en *El loco Dios Fuensanta*—«en la obscuridad es más luminosa la conciencia» Personajes obligados en torno de los centrales suelen ser: un venerable protector—Cepillo, Cirera—que, no teniendo relación de parentesco con los protagonistas, se encarga de ir de uno en otro procurando que se arreglen felizmente sus asuntos, sin que al fin sirva de nada el piadoso afán del buen señor, porque los protagonistas del teatro de Echegaray nacen fatalmente condenados a estrellarse; una familia de amigos a cuya casa van los turbulentos protagonistas a componer tan desagradables escenas y armar tales marimorenas, que los espectadores quedan convencidos de que lo primero que hacen aquellos pobres señores al quedarse solos, es declarar su casa en estado de sitio y advertir a los criados que «no reciben ni están para nadie».

Característica por todos señalada en el teatro de Echegaray, es su lirismo; lirismo que en los dramas de la primera época se explicaba por la forma rimada del diálogo. Echegaray empezó a escribir sus dramas en verso, pero entre los críticos de su época, no faltó alguno que dijera que los éxitos que Echegaray alcanzaba debíanse a «su hermosa versificación». Leyendo hoy tales dramas no se comprende la afirmación del perspicaz censor. La incorrección de los versos de Echegaray es ya proverbial. El fué quien agotó los consonantes de

«padre» y «madre», haciendo rimar descoyuntadamente esos vocablos como «cuadre» «ladre» y «faladre»; él es quien en *Iris de paz* hace decir a una esposa:

¿Él hastiarse de mi amor?  
 ¿él cansarse junto a mí?  
 ¿él olvidarme? Sí, sí;  
 Si eso es fácil; sí señor.  
 Ahora me estará mirando  
 bordarle estas zapatillas;  
 después vendrá de puntillas;  
 estará un rato buscando  
 entre vestido y cabello  
 espacio donde poner  
 un beso de su mujer  
 sobre el inclinado cuello.

Suyo es también aquello de:

Cerraduras de esas puertas  
 que os abríis en las paredes;  
 ¿por qué me miran ustedes  
 con esas bocas abiertas?

Para contestar a los que suponían que el triunfo de sus dramas era producto de su forma, comenzó a escribir en prosa. Pero del verso en realidad sólo abandonó la medida, conservando el oropel de las imágenes, cuya falsedad en la prosa se hacía más patente. Los personajes de Echegaray no saben decir cuatro palabras seguidas sin perderse en un laberinto de tropos y metáforas con apelaciones al sol, la luna y las estrellas. Los pobres llevan una vida bastante aperreada y tienen siempre algo muy grave de qué preocuparse, pero a pesar de todo, en los momentos más críticos, cuando la intensidad de la situación exige pocas frases y éstas duras, cortantes, precisas, decisivas, ellos se anegan en retórica. *El estigma*, una de las obras de Echegaray mejor construídas y en la que el conflicto, llevado con cierta lógica, obedece a motivos internos, nacidos del alma del protagonista, éste espera conocer si en medio de la catástrofe que ha roto su vida, conserva el cariño de la mujer amada. Un criado entra trayendo el correo. El protagonista quiere saber si hay entre aquellas cartas alguna de su novia; pero en lugar de abalanzarse a la bandeja y examinar los sobres buscando la letra de la mano adorada, refrena su impaciencia para pronunciar un lírico monólogo: «¡Ya vuelven las olas a la playa! ¡Pero todas no;... todas no!... falta una; la de espuma más blanca... Aquella en que se baña-

ba con más gusto mi alma... ¡La única entre todas que no era amarga!... ¡Eugenia!... ¡Eugenia!»...

\* \* \*

¡Y, sin embargo!... Siendo como es, artificioso, ilógico, lírico, arbitrario, monótono en su técnica, el teatro de Echegaray entusiasmó a los públicos y su autor obtuvo una popularidad que no ha sido aventajada por la de ningún literato español del siglo XIX. ¡Ah, es que Echegaray tenía una suprema condición; la que constituye la verdadera gracia de salvación en el teatro, por la que todo pecado se redime y sin la cual nada es meritorio: featuralidad! Los dramas de Echegaray podrán no ser verdad... pero son teatro. No resistirán a la crítica menos autorizada; pero en el momento de la representación subyugan, sugestionan. Echegaray es un gran fascinador de multitudes. Cualquier espectador discreto podrá calificar de disparatados sus dramas, percatarse de la falsedad de las situaciones, de lo ilógico del conflicto... Pero todo ello sucederá al día siguiente de la representación o, cuando más pronto, al salir del teatro; al recibir en la frente para despejar la calentura de entusiasmo que la obra le produjo la fría bocanada de la noche; porque allí, en el teatro, en su butaca o en su palco, el espectador quizás indiferente o receloso al comenzar la obra, se sintió poco a poco interesado por la trama y fué siendo más intenso su interés a cada acto, y terminó por aplaudir frenético, momentáneamente compenetrado con el pensamiento del autor. ¡Tan extraordinaria es la habilidad de Echegaray! Todos hemos visto aplaudir, todos hemos aplaudido, en días en que el prestigio de Echegaray no se mantenía íntegro, escenas como aquella de: «¡Cobarde, infame, canalla, cobarde!... ¡Más aprisa, que van a pasar los cinco minutos!...» de *La desequilibrada*, o finales como el terrorífico de *El loco Dios*. Era la destreza del dramaturgo, era su talento de hombre de teatro lo que arrancaba el aplauso poniendo en el alma del público la emoción buscada.

Y ¿no será, después de todo, esto y sólo esto el teatro? ¿No estaremos equivocados los que creemos que el teatro ha de ser algo más que una emoción lograda a todo trance; los que pretendemos que el teatro haya de tener lógica, verdad, caracteres, estudios de almas, carne de humanidad, calor de vida y otras cuantas zarandajas más, sin las cuales vemos que Echegaray triunfa, como triunfó Sardou, y con las cuales muchas obras se van muy lindamente al foso, refractado su arte



por la dura superficie de incomprensión que oponen los espectadores?... ¿Podrá acumularse sobre el autor toda la culpa cuando el autor ve que el arte en el teatro es más que auxilio estorbo, y que el ruido del aplauso y el halago del favor popular crece en razón inversa del mérito del drama o la comedia?

Examinada la obra total de Echegaray obsérvase que en este autor, como en tantos otros, se cumple esa triste ley reveladora del mal gusto del público. Las obras de Echegaray más apreciadas, las que obtuvieron mayor número de representaciones, y quedaron de repertorio y hasta lograron el honor supremo de la traducción a lenguas extranjeras, son las más falsas, las más defectuosas (*El gran Galeoto, O locura o santidad, Mariana, Mancha que limpia*). Las obras más dignas de estimar, las que contienen mayor dosis de verdad, aquellas en que los personajes se mueven por motivos humanos y no por resortes de muñecos mecánicos, aquellas otras en que el pensamiento de Echegaray se lanza en vuelo genial hacia las cumbres, buscando inspiración en los maestros inmortales, estrelláronse contra la indiferencia del público, sin que a remediar este desdén injusto acudiera una crítica sagaz, porque la crítica, tan incompromisa y frívola como el público mismo, se dejaba llevar por la corriente en lugar de dirigirla y sólo atendía a nimiedades, creyendo haber logrado un triunfo el día que llegaba a descubrir, como sucedió en el estreno de *Correr en pos de un ideal*, que Echegaray hacía hablar a uno de sus personajes del «lavatorio de Judas»... confundiendo a Judas con Pilatos.

Entre estas obras de Echegaray superiores a la suerte que alcanzaron, debe, a mi juicio, contarse *Cómo empieza y cómo acaba*, inspirada antes que *El gran Galeoto* en el episodio de Paolo y Francesca; *El hijo de don Juan*, felicísima adaptación de *Espectros*, superior en muchos conceptos al drama ibseriano, aunque naturalmente haya de estar subordinada a éste por relación filial; *La escalinata de un trono*, vigorosa tragedia, algo desigual en su estructura, sobre la que pasa la sombra de Dante en el recuerdo del conde Ugolino y la de Shakespeare en aquellas escenas del cementerio de Pisa. Deben también contarse sus comedias *Un crítico incipiente, Sic vos non vobis, Comedia sin desenlace*, que revelan un aspecto poco estimado de Echegaray, el aspecto humorístico más conforme que el dramático con el carácter apacible y jovial de don José.

Dos palabras acerca de la moralidad del teatro de Echegaray. En su época los dramas de Echegaray fueron tachados de inmorales. Una crítica timorata ponía reparo a los asuntos que Echegaray trataba, y un público de un criterio moral tan ilógico como el de todos los públicos se escandalizaba, o fingía escandalizarse, ante el teatro de Echegaray, negándole el beneplácito que con gran tolerancia otorgaba a las *suripantás* de Arderíus y a la compañía francesa de madame Judith, que en las fábulas de Augier, de Dumas y de Sardou le presentaba, con más crueldad, el mismo *menáge a trois* que interviene en las tramas echegarayescas. Con ocasión del estreno de *Mar sin orillas* hubo un revuelo de escándalo, provocado por los mismos y los mismos que al día siguiente aceptaban sin el menor escrúpulo *Demi monde*.

Una escritora ilustre refiere que cierto varón respetable y por todos conceptos obligado a guardar en sus juicios mesura y discreción, la decía: —Los dramas de Echegaray son moralmente abominables. ¡Se hace en ellos la apología del amor libre!.. Y como la escritora le preguntara en qué drama de Echegaray había visto sustentada tan atrevida tesis, el nuevo censor replicó muy serio: —¡Yo no conozco ninguno! No tengo mi tiempo para gastarle en leer semejantes cosas! Así, sin conocer, sin enterarse, se juzgaba de la moralidad de las obras literarias, y así, por desgracia, siguen juzgando algunos. Todavía hay quien se asusta de los dramas de Echegaray y los tiene por cosa reprochable; y es que el pobre don José, a quien el actual conflicto bélico de Europa cogió ya muy viejo y arrinconado, al margen de la literatura y de la vida, no pudo aprovechar la guerra para hacerse perdonar sus pecados apelando al cómodo expediente que otros, más pecadores que él, han utilizado con fortuna: renegar de la libertad... y hacerse germanófilo.

Y el caso es que los que tachan de inmoral el teatro de Echegaray tienen razón; pero la tienen en aquello y por aquello que menos sospechan tenerla. Ajustándose a las normas de la moral cristiana, los dramas de Echegaray son inmorales, como lo son los de Calderón por la manera de apreciar y resolver los conflictos de amor y honra. Porque Echegaray, ministro revolucionario del siglo XIX, tenía en tales asuntos el mismo criterio rígido que el familiar de la Inquisición del siglo XVII; y uno y otro, al exaltar el «punto de honra», al justificar las pasiones de celos y venganza, al poner en manos de padres y esposos ofendidos la espada y la pistola como medio único y

supremo para satisfacer las ofensas inferidas a la honra, haciendo que al adulterio siga como condigno castigo inevitable el parricidio, por igual se apartaban de la dulce moral de Cristo que otorga a la pecadora su amparo y su perdón dejándola viva para el arrepentimiento, despidiéndola con las suaves palabras: «Vete y no peques más», para acomodarse al criterio acomodaticio de la moral mundana que juzga que una misma falta puede ser, cuando la comete una mujer delito irreparable merecedor de airada muerte, cuando su autor es un hombre, capricho inofensivo que ni a pecadillo venial llega y que antes que a enojo mueve a simpatía y hasta a los mismos ojos femeninos pasa por gracia y gentileza.

\* \* \*

Con sus defectos ciertos y sus bellezas innegables, el teatro de Echegaray fué el único posible en su época. Hay que decirlo y subrayarlo; proclamar que Echegaray hizo el teatro que podía hacer, el que lógicamente demandaba el tiempo en que vivió.

En el homenaje de 1905, en aquel movimiento en que desde el Rey hasta los obreros de la Casa del pueblo todos los españoles manifestaron su simpatía y su adhesión al literato español cuyo nombre era consagrado en el extranjero, dieron una nota discordante los que por aquel entonces tenían a su cargo el ingrato papel de oponer su pedantesco desdén de hombres superiores a la corriente de general admiración. Algunos—no todos ni los mejores—de los literatos que formaban la llamada «generación del 98» se creyeron en el deber de protestar contra el homenaje a Echegaray. ¡Bien caro están pagando ahora su pedantería y su desdén los infelices, viendo cómo hoy otros señores siguen el sendero que ellos abrieron, y, bien aprendida la lección, llamándose «la generación de 1915» devuelven acrecentada a los «jóvenes y ya negados maestros del 98» los golpes que éstos infirieran a Echegaray y sus coetáneos Núñez de Arce, Valera, Campoamor!

Resulta muy curioso leer ahora lo que se dijo con ocasión del homenaje a Echegaray. Hojeando una revista de Abril de 1905 he aquí lo que he encontrado: el anuncio difirámico de un semanario, *La república de las letras*, al que se saluda como si se tratara de un advenimiento redentor; una entusiasta crítica del libro de don Gregorio Martínez Sierra titulado *Sol de la tarde*, al que se califica de «maravilloso»; otro artículo crítico en que González Blanco desfallece de emoción

hablando de la prosa de Azorín y llega a decir esto que Cervantes en su reposo sabrá perdonar: «¡Gracias, Dios mío, porque me has permitido leer algo nuevo en lengua castellana!». De Echegaray se dice en la misma revista que «él y los bufos mataron el espíritu nacional».

Y esta es una injusticia... y una superficialidad. Porque lo cierto es que Echegaray y los bufos no fueron causa sino producto de una época. Aquella época funesta que Galdós llamó «los tiempos bobos»; aquella época española en que el poder aparece entregado a un hombre cuyo gran talento soberano estaba neutralizado por una soberbia desmedida que le llevaba a incurrir en el más grave pecado que puede cometer un gobernante: el de despreciar al pueblo que gobierna, y que por este desprecio abandonaba los resortes del mando a una política de truhanería y de majeza que tenía su más genuina representación en el desenfadado «pollo antequerano». Aquella triste época de desorientación y de inconsciencia, cuya culpa alcanza a todos, porque todos olvidaron sus deberes; atenta la aristocracia a divertirse sin refinamientos, creyendo que era resucitar el casticismo dejarse crecer patillas de gitano, rodear los tablados en que pateaban las bailadoras, y organizar encerronas para anegarse en manzanilla después de lidiar unos becerros; cuidando los capitalistas de enriquecerse rápidamente en negocios fáciles, al amparo de la subvención y del monopolio, sin alumbrar fuentes de riqueza ni abrir cauces a la economía nacional, dejando que de nuestro suelo y nuestra industria se apoderase el extranjero para hacernos caer en una colonización de la que tardaremos en sacudirnos; sin rumbo el pueblo, fatigada su voluntad, desmayado su ánimo al ver frustrado el esfuerzo de una revolución convertida en una farsa tragicómica en que sólo se había mudado la epidermis; faltas de ideal las clases medias, imitadoras serviles de una aristocracia a la que envidiaban, embozando sus mezquindades en su capa, buscando el remedio de su acuciadora necesidad presente y el escalón para sus ansias de medro en el empleo, en el escalafón, en la nómina, en el apoyo del Estado, deidad protectora y providente sin la cual el buen ciudadano español no sabría vivir, sin perjuicio de no rendirle acatamiento y blasfemar frecuentemente de su nombre... ¡Toda esa España que, ciega, inconsciente, somnolienta, nutrida con chistes de baja estofa, repitiendo medrosamente de boca a oído en sus tertulias de café procaces sonetos de poetas malhablados, satisfecha su curiosidad con averiguar las andanzas de Higinia Balaguer y del perro de

Varela, va desde el 75, de tumbo en tumbo, hasta despertar de su letargo al estrellarse contra las duras realidades del 98!...

\* \* \*

En esta España y para esta España, en esta época y para esta época, sin recibir para neutralizar las influencias del ambiente otra influencia extraespañola que la también nefasta de Dumas y Sardou, ¿cómo extrañar que el teatro de Echegaray no fuera de otro modo? ¿Cualquiera otro, en sus circunstancias, hubiera hecho lo que él no hizo?

Se dirá que Echegaray no fué educador, que se dejó formar por el público. Pero ¿es que hay algún autor que cumpla esa misión como debe cumplirse, con fe, sinceridad y perseverancia? ¿No estamos viendo ahora cómo los que de educadores se preciaban, aquellos a quienes por innovadores admiramos, después de haber marcado al teatro un nuevo rumbo, en el momento mismo en que el público se decidía a enveredarse por el sendero nuevo, súbitamente—dando la «rabotada» que habían anunciado—tuercen la orientación de su arte, volviendo al viejo juego, a la manera antigua contra la que se pronunciaron y de la que fueron detractores? ¡Echegaray les lleva esa ventaja! Su credo artístico no contendría la verdad, pero el credo era suyo; estaba en su corazón, en su cerebro, *creía en él*, ¡y creyendo vivió, sin veleidad ni apostasía!

En las obras de Echegaray habría lirismo, pero nunca llegó a esos desbordamientos de retórica, creadores de frases que empiezan en una nube, siguen por una flor y terminan en un rayo de luna; y, ni obligó a sus personajes a recitar violentos discursos mifingueros y airados artículos de prensa de oposición, ni puede registrarse con su nombre la patente de invención de los parlamentos «toboganes». Los protagonistas del teatro de Echegaray serían anormales, pero la más desequilibrada de todas las mujeres de su teatro no llevó su neurosis al extremo de prohijar un bastardo ajeno, haciendo que la opinión le atribuya una maternidad que no ha existido, para salvar la blancura de los armiños de su escudo. Echegaray será la truculencia y el terror, pero ni juntó en el más espeluznante de sus dramas un asesinato, unas lesiones graves, un parricidio y un incesto, ni se permitió nunca la antiestética audacia de presentar como ejemplo de nobleza y cinismo a un sujeto que, con alarde jactancioso, llega al repugnante extremo inconcebible... de clavar el regatón de un mástil de bandera en el corazón de su propio hijo...

Cuando vemos esto, cuando de tal manera y tan gravemente inciden en los vicios que anatematizaban aquellos que como purificadores saludamos, ¿cómo extrañar que los más fieles, los más devotos, sintiéndonos defraudados, conservando íntegra nuestra admiración hacia el que elegimos por maestro, pero sin la flexibilidad necesaria para seguirle en sus volatinerías, volvamos con cariño y respeto la vista hacia el venerable Echegaray, que mantuvo con firmeza su bandera y fué fiel a sus dogmas estéticos?...

Quizás por ello, pasada la hostilidad injusta de un momento, la crítica comienza a rendir a Echegaray el debido tributo, reconociendo la aportación valiosa que le debe el teatro español. En cuanto al público, no le ha abandonado un instante. Mientras algunas obras, con gran alboroto recibidas, de una a otra temporada envejecen perdiendo su frescura y su potencia sugestiva en el breve espacio de un verano, los dramas de Echegaray arrancan hoy al ser representados los mismos calurosos aplausos que en los días ya lejanos de su estreno.

La posteridad hará justicia a Echegaray. Reconocerá que los defectos de su teatro no le son imputables por ser reflejo de la época en que el autor viviera; y el vigor de sus concepciones, la fecundidad de la imaginación, la prodigiosa actividad del talento de don José Echegaray, obtendrán seguramente de las generaciones sucesivas el merecido galardón y bastarán para asegurar la gloria de su nombre.

FEDERICO SANTANDER

Noviembre, 1916.

## Oración de la mañana

Señor: Entre la niebla mañanera  
vi despertarse al mar esta alborada,  
mostrando su llanura dilatada  
turbia y fría, doliente y plañidera.

Vi después en la flor de la ribera  
la gota de rocío aposentada,  
hecha sol donde en roja llamarada  
el rayo de tu gloria reverbera.

Humilde quiero ser: cabe tu arcano  
sólo el humilde, en prócer señorío  
luz y gracia recibe de tu mano;

que es amor tu gigante poderío  
y has querido negar al Oceano  
lo que diste a la gota de rocío.

ALBERTO L. ARGÜELLO

## Crepúsculos

En los límites confusos del ocaso  
Lanza el día su postrera, dulce y trémula mirada.  
Todo el valle rumoroso, melancólico enmudece;  
Todo el cielo sonriente, melancólico se apaga.  
En la parda lejanía, que arrebola  
Con la fimbria de su manto de escarlata,  
Va la tarde melancólica muriendo  
Como mueren y se entierran  
Los amores en el alma  
Cuando sopla el desengaño que los hiela  
Marchitando los verdores del jardín de la esperanza.

De las márgenes del río,  
Que en silencio por la vega se dilata,  
Van surgiendo los encajes de la niebla  
Como el velo desgarrado de un fantasma,  
Cuyos pálidos girones, enredados  
En los brezos de la tétrica montaña,  
Y adheridos al saliente de las rocas,  
Y prendidos en las puntas de las ramas,  
Flotan tenues, vagarosos, indecisos  
Como tropa de suspiros congelada;  
Pero fijos, y perennes, y asediados  
Como viven y palpitan los recuerdos en el alma  
De la férvida pasión enloqueciente,  
De la dicha ni perdida ni gozada,  
De la historia peregrina, que resurge  
Esfumada en el ambiente  
De sombría remembranza...  
¡Oh qué tristes son los días otoñales,  
Y la tarde, y el ocaso, y el crepúsculo del alma!...

Lentamente, descendiendo de la cumbre  
En suavísima cascada,  
Los acordes de un acento peregrino  
Lentamente por el valle silencioso se dilatan.  
Y sus notas, que son risas infantiles,  
Y preludios de canción enamorada,  
Y aleteos de avecilla prisionera,  
Y murmullos de las frondas,  
Y caricias de las auras  
Lentamente como bálsamo de vida  
Sobre el ánimo doliente se derraman...  
Es la dulce voz amiga y protectora

Que a la reja del cautivo  
 Alza un canto de esperanza;  
 Es la dulce mensajera de los cielos  
 Que en la noche anuncia el alba;  
 Es la dulce y melancólica  
 Oración de la campana,  
 La campana de la torre,  
 De la torre de la ermita solitaria,  
 Que corona las alturas de la peña  
 Como mística atalaya...

¡Oh bien hayan los espíritus piadosos  
 Que en edades ya lejanas,  
 En la corte y en el campo, y en la aldea,  
 En las vegas florecientes,  
 Y en las rocas escarpadas  
 Colocaron esos puertos de refugio  
 Cual jalones misteriosos que señalan  
 Los caminos del destierro  
 Que conducen a la Patria!  
 ¡Oh benditos los vetustos monasterios  
 Con sus torres que a los cielos se levantan,  
 Y el silencio de sus claustros ojivales,  
 Y la sombra y el misterio de sus góticas arcadas,  
 Y el simbólico lenguaje de sus ruinas,  
 Donde aún flotan los siseos de la férvida plegaria!  
 ¡Y bendita la calada torrecilla  
 Suspendeda entre las breñas  
 Como el nido de las águilas,  
 Que en la tarde fatigosa  
 Nos saluda con la voz de su campana  
 Que suaviza las tristezas otoñales,  
 Y el dolor de los recuerdos, y el crepúsculo del alma!...

CAROLINA VALENCIA

## El fuego

«Media vida es la candela  
 pan y vino la otra media».  
*Refrán castellano.*

No al fuego del incendio que devora;  
 ni al que en el seno del volcán se agita  
 y torrentes vomita  
 de lava abrasadora;  
 ni al que impulsa veloz locomotora,



que cruza dilatados horizontes  
y salva abismos y traspasa montes;  
no al fuego que es terrible y es grandioso,  
sino al süave, al dulce y al piadoso,  
a la rubia candela,  
la que preside la nocturna vela  
ardiendo en el fogón de la cocina,  
la que a la tarde, cuando el sol declina,  
convierte en incensarios los hogares  
y atrae a los obreros  
por caminos, cañadas y senderos  
en busca del descanso a sus hogares;  
al fuego del hogar, que es cosa santa,  
el rudo vate campesino canta.

¡Oh fuego humilde, fuego campesino:  
tú con el pan y el vino  
eres la vida entera  
del refrán de Castilla,  
en que gente frugal, gente sencilla,  
supo fiar, con sobriedad austera,  
todo el vigor de la sufrida raza  
a un cuartillo de vino y una hogaza  
y al calor de una hoguera;  
tú prestas tu caricia placentera  
en largos días de forzoso encierro,  
cuando está el campo helado;  
tú ablandas en la fragua el duro hierro  
para aguzar la reja del arado;  
tú desde el centro del hogar honrado,  
altar de los afectos familiares,  
endulzas los pesares,  
das paz y amor al ánimo sereno  
y haces al hombre cariñoso y bueno.  
¡Oh fuego santo, fuego bendecido  
dulce calor de mi amoroso nido!  
¡Oh fuego de mi hogar, bendito sea!  
¡Que yo siempre le vea  
arder para mi dicha y mi consuelo!  
¡Quiera piadoso el Cielo  
que esté lejano el día  
en que se quede tu ceniza fría  
y triste como nido abandonado  
este hogar apagado,  
esta casa vacía...!

CÉSAR DE MEDINA BOCOS

Serrada, enero 1917.

# Tierras de Carazo

En tierra de Carazo si oyeses contar,  
una cabeza alta, famoso Castellar,  
habe un monesterio que fué rico lugar.  
Gonzalo de Berceo.

## HACIA SILOS

Hémos aquí que desde Burgos, la ciudad de los Romanceros, emprendemos, el docto profesor Rivera y yo, la demanda de Santo Domingo de Silos. Nada hay en aquel apartado lugar que no esté descrito y especificado en obras y monografías, así de arte e historia como de mero y superficial turismo. Pero no tienen todos, en ese monasterio, el grande objeto que a nosotros nos lleva a él, cual es el de saludar bajo los hábitos benedictinos a aquel grande y admirado amigo que dejó la plenitud de la vida intensa, mundana y placentera por la soledad claustral del cenobio de Fernan González.

Un automóvil puede llevar fácil y directamente al moderno peregrino desde Burgos a Silos, siguiendo la ruta de Covarrubias, que tiene añejas cosas dignas de verse, pero conviene hacer parte de la jornada como hubieron de hacerla desde la remota fundación del convento hasta nuestros días todos los hombres de pro que se acercaron al santo lugar impelidos por la devoción, por el amor a la historia española o por afición al arte. Así es que nos acomodamos para no perder ripio, en la imperial del automóvil *de línea* que va a Salas de los Infantes; y entre unos tíos de Hortigüela que regresan a su casa y nos dan las más pintorescas referencias del camino, y de cómo andan hoy los sucesos en aquellos aldeaños, se desarrolla ante nuestros ojos esa carretera que así que sale de Burgos nos sume en los agrios, infecundos y ensoñadores paisajes de la sierra burgalesa.

De vez en cuando vemos algún torreón adusto del siglo XIV o alguna casona prócer del siglo XVII denominada con apelativos insignificables. El sol y el polvo, ese polvo de los países donde no llueve y donde no hay árboles, tienen chamuscadas las ruines muestras de lo que fueron robledas, encinares, enebrales y rebollares. Pasan cinematográficamente Serracín, Hontoria, de cuyas canteras han salido los más perdurables monumentos castellanos, Hortigüela, poblados miserables, raíces entecas de a vida nacional que subsisten al débil amparo ribereño del Arlan-

za, y allá a lo lejos, esfumado en la distancia, destacado enérgicamente en la claridad radiosa que corona el cabezo en que se asienta, aparece, desafiando los siglos, tosco y prócer, el castillo de Lara, la de los Infantes.

Recitando el romancero que rememora la tragedia de los hijos de Gonzalo Gustios, llegamos a Barbadillo del Mercado. También llegaron hace diez centurias a Barbadillo «los siete infantes hermanos,» que habían estado a las bodas de D. Rodrigo de Lara con D.<sup>a</sup> Lambra, aquellas bodas que fueron en Burgos y

las tornabodas en Salas;  
en bodas y tornabodas  
pasaron siete semanas.

Con fiestas y placeres de cetrería llegaron los Laras a este señorío de Ruy Velazquez, el recién casado, para despertar la cólera de la hembra fatídica.

Por aquese río Arlanza  
cazando con aves iban.  
Después que hobieron cazado  
a Barbadillo volvían.

De Barbadillo a Silos no hay otro camino sino atravesar las montañas por altos y barrancos, repechos y despeñaderos donde no hay sombra de veredas. Aparados un espolique adolescente y simpático, un rucio y un jamelgo, emprendemos la romántica y fatigosa expedición a Silos.

Hay que subir sin cesar una y otra loma, obstruido el paso por los peñascos y matorrales; hay que entrometerse en desfiladeros hendidos por los aluviones; hay que aventurarse por los bordes movedizos de las laderas bruscas; y todo ello entre la vegetación más raquífica y salvaje. Los riesgos del camino no impiden admirar, sin embargo, la áspera belleza de los valles profundos, la inextricable perspectiva de los montes escalonados, el silencio trágico de aquellas soledades rocosas, la inmovilidad petrificada de las pobrísimas florestas. Alguna vaca desperdigada muerde los líquenes de los troncos y algún lebrato salta hostigado por el rumor insólito de los viandantes, pero no hay cantos de hombres, ni píos de pájaros, ni murmullos de frondas, ni rumor de regatos; ni tampoco hay prados, ni alamedas, ni huertos, ni sotos ni nota alguna de las que matizan y colorean la panorámica policromía de otras montañas.

¿Quién podrá decir la ascética renunciación que necesitaron los primitivos monjes de San Sebastián para fundar el monasterio de Silos en estos lugares? ¿Qué Gracia defiende a las

almas monacales de la necesidad de las sonrisas de la tierra?

A la mitad de la tremenda caminata, rompiendo la desolación de aquellos vericuetos se halla el poblado de Contreras. Es un montón de casucas y cercas de piedras amontonadas, entre las que sobresale sin la más leve expresión arquitectónica, una especie de torre de iglesia. En las eras contiguas al pueblo, que parecen un hormiguero de gente, el vecindario en masa trilla y limpia unas morenas de trigo rubión. No suenan voces, ni risas, ni se oye, a pesar del ajetreo, el más leve rumor. Parecen a los habitantes de las islas de jabón de las Aventuras de Arturo Gordón Pim, de Poe. ¿Qué suma de esfuerzos requerirá vivir de una cosecha sacada de entre las breñas de Contreras? Pasando al lado de aquellos aldeanos rudos y sombríos que así pastorean como carborean y aran, empeñados en cultivar lo incultivable, se nos representa en toda su simplicidad el problema agrario castellano, que es el conflicto perenne entre un suelo improductivo y una tozudez ignorante.

Estas asperezas que atravesamos son, sin embargo, el apropiado lugar de la epopeya. Gentes fanáticas y bravas las subyugaron y convirtieron en baluarte de dominio, como hicieron los agarenos. Allí están por doquier sus vestigios, fortalezas derruidas, castros arrumbados, sinagogas que simbolizan la tolerancia religiosa de los siglos medios, restos que una civilización rudimentaria cual la de nuestros días no ha podido borrar aún. Por doquier se alza en los montuosos horizontes la sombra del conde de Castilla, delador de Lara, expugnador de Carazo, restaurador de Silos, creador de España. Hemos tenido en nuestras manos el testamento de Fernán González y aquel pergamino nos ha dicho de la raza castellana cosas más hondas que toda la hinchada retórica del castellanismo falso y efectista.

Estos parajes montaraces son casi toda España y son la verdadera España, pese a las ficciones orgánicas con que se la gobierna. El suelo es pobre, el clima es seco y extremado, los hombres son toscos, sobrios por necesidad y fuertemente atávicos. La economía natural de España es pecuaria y forestal, rebelándose siempre contra el equívoco agrario. La persistencia residual de normas sociales primitivas es invencible. Los españoles de los campos y de las sierras, que son los más, carecen de ideal o conciencia nacional, son incapaces de adquirirle y no han pasado del individualismo feroz e implacable a procedimientos asociados y colectivos. Por eso el parlamentarismo, las leyes y la administración son vergonzosas mentiras de las que viven unos pocos, y aun los que de buena

fe pretenden gobernar bien a España no pueden gobernarla porque la desconocen. En la entraña nacional casi nadie ha penetrado. ¿Qué saben en Madrid de cosas nacionales?

### HOMBRES DE CASTILLA

Esta excursión que hacemos hoy por tierras del Arlanza, es como otras, una odisea de emoción, o al menos, ese fué el primer propósito, pero así que los ojos ven y los oídos perciben, caemos en la cuenta de que nos hemos adentrado en la hondura de las cosas raciales, donde el presente explica el pasado y sobre todo el pasado explica el presente, confirmando en que es precisa una política de realidad, fundada en los determinismos étnicos y que continúe la historia de España. Los pueblos sólo son fuertes y progresivos si son fieles a sí mismos, porque todo en los pueblos está en los orígenes.

Los orígenes españoles y en particular los castellanos nos dicen que las hazañas que ha realizado esta raza desde los oscuros y remotos tiempos que son leyenda por falta de técnicos que la conviertan en historia, son superiores a las de cualquiera otra raza. Y no se trata tan sólo de la impulsión guerrera, sino de otras hondas y trascendentales cuestiones de más sentido humano que la guerra. La ciencia, cual se entiende hoy, no le debe gran cosa a España a través de las edades, como se lo debe a otros pueblos, en particular en la época del Renacimiento, pero en la creación de un idioma, de un arte, de una literatura, de un derecho, en la domeñación y colonización de pueblos, en la valoración ética de la vida y de la personalidad, no tienen las gestas extranjeras categorías de eficacia mundial que oponer a las nuestras. Y todo ha salido de estas tierras desoladas, madres de mundos, donde se ha dado en la flor de corear la crítica imbécil e indocumentada que de las cosas españolas ha hecho sistemáticamente esa turba de pueblos que ha utilizado su cultura para destrozarse hoy con el furor de las luchas de la selva primitiva.

### EL MONASTERIO

Estos comentarios terminan cuando repechada la última y más alta cumbre, divisamos al fin el estrecho y no nada riente valle de Silos, rodeado de montes semipelados. Bajamos, como una piedra que rueda, el pedregoso, violento y largo declive, atisbamos el rústico y pobre vallejo encajonado entre agrestes y ralos montes, y atravesados los miserables carrejos

que separan las cercas del pueblo franqueamos el recinto amurallado del monasterio.

La traza general externa es una decepción. Se va allí en busca de la arquitectura sobria y grandiosa del románico, del fausto gótico, de la prosopopeya plateresca, de la magnificencia herre-riana, y se encuentra el viajero con un conjunto de edificaciones sin carácter. El cuerpo principal tiene una fachada neoclásica y la corona una torre-cimborrio del siglo XVIII, de D. Ventura Rodríguez y de lo más decadente de aquel período.

¡Quién lo diría! Las instituciones primitivas de Castilla fueron como las de hoy fuertes y pobres. Sus remiendos y revocos lo son también.

La hospitalidad que nos dan los monjes es no solamente la proverbial de las casas de religiosos, la acostumbrada entre benedictinos y la de los frailes de Silos, muy alabada aun por las personas de los más altos prestigios sociales cuyas firmas avaloran el album de la hospedería. Es también el acogimiento de los buenos amigos, porque allí están, entre otros nuestros, el padre Pinedo, que fué en el siglo un *gentleman*, un concienzudo químico y fué y es un gran corazón, y el P. Pierdef, prior del monasterio, lumbre de la Iglesia, filósofo profundo, escritor preciadísimo y alma, en fin, de la casa. Alma de la casa decimos, porque el Abad, el viejo P. Guepin, yace paralítico en un sillón de ruedas, balbuciente y letárgico, nublada la clara inteligencia que le hizo un día personaje de prosapia en el mundo católico, amigo personal y colaborador del glorioso León XIII, hombre influyente en la política europea y prelado, en fin, tan vehemente *causeur* que un día oyéndole le preguntaba el Papa con cariñosa y admiradora ironía: *¿Tu es abbas silensis?*

Nuestros aposentos son espaciosos, nobles y sencillos; tienen sillones de cuero cordobés, mesas de nogal con hierros castellanos, vargüenos, escritorios y bufetes, del siglo XVI, y otros muebles más sencillos de extrema pulcritud. En las paredes hay cuadros de devoción y algunas maravillosas miniaturas recortadas de códices de Silos por manos ignorantes y rescatadas por el afanoso cuidado de los actuales monjes en los ruines lugarejos de la comarca. Las ventanas se abren sobre la paz del paisaje montaraz, y vemos, asomados a ellas, cómo plega sus alas el vuelo de la vida.

#### LA HUERTA SILENSE

Los frailes son muchos, tal vez noventa, entre profesos, novicios y oblatos. Sus filas se deslizan grave y dulcemente,

cual las copió el poético cuadro de Manzano, por claustros y pasadizos, cuando vamos al refectorio a cuya puerta nos da el Prior el agua-manos de la hospitalidad, cuando vamos a rezar en la Iglesia las horas canónicas, cuando oímos la Misa conventual, cuando después del café tomado con los Padres graves en la celda abacial que preside el venerable inválido, o cuando, a la caída de la tarde, paseamos por el huerto monástico, huerto inenarrable de austeridad y emoción, donde las parras y los frutales festonean los cuadros de hortalizas, donde las espalderas de evónibus y bojes tapizan las cercas y donde conversamos con los monjes sabios, y sobre todo con el Padre Pierdet, a quien el ascetismo no le borró la cortesanía, de cosas de ciencia, de sociología y de historia, tan *actuales* que maravillarían a los que creen en la condición retardataria de los Monasterios.

¡Oh, huerta de Silos, sobre la que el invierno burgalés vuelca durante tantos meses sus inclemencias! No eres la huerta de los ermitaños de Córdoba, toda aroma y color, ni la de los conventos que se asientan al borde del golfo de Nápoles, en la embriaguez pagana de sus pomos y de sus flores, ni siquiera la que cabe el Tormes inspiraba a fray Luis sus versos bucólicos. Eres la huerta de la alta Castilla, con más coles que troncos, con más troncos que hojas, con más hojas que flores. Y, sin embargo, tienes la poesía del huerto de San Fiacro, tus tonalidades parecen las de los esmaltes del siglo XI, y sugieres ideas puras de espiritualidad y de verdad.

A lo largo de tus calles de peros y manzanos hemos discutido de la guerra europea. Hace casi mil años en aquel mismo sitio comentaban Santo Domingo y sus frailes las atrocidades de la pugna cristiano-morisca cuyo teatro eran aquellos andurriales, porque los hombres pasan y queda su maldad y el hombre es, hoy como ayer, el lobo del hombre. Y en la misma huerta donde hemos hablado de Cohen y de Bergson, de Bernthsen y de Ramsay, se realizó el milagro de los ladrones que queriendo robar la hortaliza no hicieron sino cavar el huerto de Santo Domingo, según dice Gonzalo de Berceo:

Avié un uerto bueno el barón acabado.  
 Era de buenos puerros el huerto bien poblado,  
 ladrones de la tierra movíales el pecado,  
 vinieron a furtarlos, el pueblo aquedado.  
 En toda la noche fasta que vino el día,  
 cavaron en la uerta de la santa mongía,  
 mas rancar non pudieron puerro nin chirivía,  
 fuera que barbecharon lo que yacé ería.

Lo cierto es, por lo que se ve, que los ladrones eran unos pobres ladrones tal vez muertos de hambre y no merecían los denuestos que les dedica el mestre en *roman paladino*.

### EL CLAUSTRO PRODIGIOSO

Muchas veces en cada día hemos ido a discurrir por el viejo claustro románico que se conserva intacto, independiente de los edificios más modernos y es gala primorosa del monasterio de Silos. Mandó hacer en su galería baja en los primeros años del siglo XI el propio abad Sto. Domingo, tan gran artista como gran prelado. La galería alta tenemos entendido que es posterior, en dos siglos al menos, al claustro bajo, y aunque es un buen ejemplar románico palidece en la comparación con el claustro inferior.

Remitimos a quien desee saber detalles de este claustro maravilloso a las muchas y doctas noticias que de él se han dado por arqueólogos e historiadores. En él hemos aprendido que desde las primeras fundaciones cristianas de la vida conventual el claustro es la esencia y la cifra de cuanto concierne a un monasterio. Cada uno de sus lados representa el sitio de una de las actividades del régimen monástico; uno de ellos es necesariamente el lado de la iglesia; otro de ellos es el de los copistas que lentamente con paciencia *benedictina*, han ido a través de las centurias llenando la biblioteca de cada monasterio de breviarios, códices, antifonarios, cantorales, misales, salterios, cricones, evangeliarios, santorales, homilarios, leccionarios, y ninguna biblioteca en la medida que lo fué la de Santo Domingo de Silos desde antes de su restauración por el que fué monje de San Millán de la Cogolla, prodigando en cada uno de esos libros las iluminaciones miniadas que representan toda la historia de la edad media. En aquel claustro escribió el ignorado monje que llamamos «el Silense» su Crónica de Alfonso VI.

Los capiteles del claustro son uno de los tesoros artísticos de la arquitectura universal. Están esculpidos en piedra, muy dura, que en general los conserva tal como fueron tallados, con pulimento parecido en algunos al del mármol pentélico. Los motivos son ornamentales y honda y misteriosamente simbólicos, con grave y armónica belleza.

Predominan las figuras de animales ya reales, ya fantásticos, entremezclados con hojarasca y vegetaciones tomadas del natural o de arbitraria invención. Las actitudes de los animales tienen un sentido atormentado que revela su origen oriental;



las fieras alimañas muerden rabiosas los matorrales a que están atadas; los grifos alados se revuelven en actitud de lucha; las gacelas ramonean entre espesuras caprichosas; las esfinges se encaraman sobre harpías de cabeza femenina; los centauros se encabritan entre los follajes; las cigüeñas se abaten cruelmente sobre las liebres acobardadas; las harpías se prodigan en grupos semi-hieráticos; los lebreles persiguen cazas fantásticas; las suntusidades foliáceas llenan otros capiteles sin argumento zoológico alguno; todo el vario y desconcertador conjunto, producto de la más alta inspiración estética, revela la influencia nacida en las profundidades del antiguo y lejano Oriente y la de los mitos persas y asirios traídos por los vaivenes del islamismo conquistador y cosmopolita al servicio de los monjes medioevales, que tanto utilizaron la pericia arábica para exornar los templos de Cristo.

La fina labor de esos capiteles, que parecen obras de orfebrería contrasta con la ruda y grandiosa traza de los bajorelieves del mismo claustro. Bien se ve en ellos la candorosa e inspirada escultura genuinamente cristiana, sea española o sea francesa en este claustro; pero algún relieve, como el de la Anunciación, revela esas influencias helénicas salvadas a través de la rusticidad visigoda en monumentos españoles erigidos del siglo X al XIII, como pasa en el friso románico del pórtico de Santiago de Carrión y otros análogos.

### EL CANTO GREGORIANO

El claustro conduce a la iglesia, a través de una soberbia puerta románica del siglo XII. El templo es sencillo, sin arte ni elegancia, obra también de D. Ventura Rodríguez, con todos los caracteres decadentes del siglo XVIII. No hay en él cuadros, tallas, retablos, verjas, tapices, ni nada que no sea la pilastra, la cornisa, la bóveda de cañón, el arquitepe y la cúpula, fríos y monótonos, del greco-romano. La iglesia está siempre sola y los frailes cantan en el coro, bajo y vulgar, sus horas canónicas. Alguna vez a misa, alguna vez a vísperas, concurren tal cual vieja de Silos, tal cual jovencita del pueblo que se postra gentilmente sobre su reclinatorio, tal cual triste y derrengado anciano. Nunca ha rezado Comunidad alguna las preces rituales en mayor soledad.

Y, sin embargo, en templo alguno del mundo cristiano resuena la música y el canto religioso con técnica y unción más exquisitas. Hemos gustado las dulzuras de la mejor escuela de liturgia y canto gregoriano que tenemos en España, a

donde van a aprender los maestros de las mejores Capillas y los virtuosos del divino arte. Maitines y laudes, vísperas y completas se entonan con una gravedad mística y artística al par, como no se oye en sitio alguno. Arrobados hemos escuchado, únicos devotos en aquel templo perdido en las fragosidades de España, las voces dulces y puras, finas y bien timbradas del coro monástico que eleva a las más altas cimas de la emoción musical el austero canto llano. Ruedan por las concavidades del templo los gritos de penitencia y de esperanza de los siete salmos penitenciales, el triunfo del «Magnificat», la unción de las «Lecciones» y del «Invitatorio», y las voces armónicas del órgano envuelven en polifonías transportadoras los anhelos de eternidad que duermen en el alma, sobre todo si el alma sufre y llora. El órgano y el coro gimen y rugen arrebatos de pavora y furores victoriosos y mientras el éxtasis se apodera de nosotros, solos y perdidos en la apoteosis musical de la fe, una mano misteriosa ha interpuesto algo definitivamente infranqueable entre el mundo y nuestro corazón.

¿Y qué diremos de aquellas solemnes misas mayores, cuya complicada precisión y cuyas ceremonias, con profusión de celebrantes y de detalles rituales, hacen comprender a qué extremos de grandeza y de magnificencia han llevado el culto, como han llevado las ciencias eclesiásticas, las órdenes religiosas que viven en los monasterios benedictinos, de Monte Casino a Cluny, de Cluny a Silos? Hemos oído las grandes Misas pontificales, los cultos solemnes de los días magnos del calendario en Catedrales y Basílicas, y no recordamos nada como aquellas Misas de Silos cuya elevación está encomendada más que a los ornamentos, que allí son bien simples, al fervor de unos hombres desposados con la eternidad.

#### LA URNA Y EL ALTAR

Cuantas veces abandonan la iglesia, los monjes van a rezar ante el cuerpo de Santo Domingo guardado en una urna de plata, barroca y amanerada, que se alza en el camarín de una capilla tan deplorable como la iglesia. En el tránsito a esta capilla, aún campean por las paredes hierros, grillos y cadenas de los esclavos cristianos, salvados de la servidumbre árabe por el santo taumaturgo en los días de Almanzor. No se puede describir la tierna y firme devoción con que rezan los frailes a su patrono. Y ¡quién sabe si a través de los hierros del camarín no podríamos hallar esas misivas epistolares henchidas de llana e infantil confianza con que los monjes cuentan sus cuitas a los

santos mediadores ante Dios y con que se rememoran los cándidos episodios de las *floreillas de San Francisco de Asís!*

Rica y suntuosa, pero fría y decadente, no es digna la capilla de los reliquias de tal Santo como el que de Cañas vino a acogerse al rey Fernando I de Castilla. Como sepultura de sus restos lo era muy mejor el sepulcro, con el busto abacial yacente, sostenido por leones un poco arbitrarios, que aún se conserva en el claustro alto. Como altar mejor le cuadraba el que tuvo el estupendo frontal de cobre esmaltado cuya mayor parte hemos admirado en el museo de Burgos y cuya menor porción, aunque bien considerable, conserva en su tesoro la abadía de Silos. Ese frontal de esmaltes, de cuya maravillosa traza total no se han podido dar cuenta los que no han visto el fragmento de Silos, es por la relación de época y la vigorosa expresión del genio castellano que revela en cuanto se refiere a Silos, el único apropiado para tenerle ante los hinojos de los frailes y de los devotos que rezan a Santo Domingo. Cuando la cultura acabe con los Museos, abominable degradación del gusto de las Artes, tal vez se hará la reparación de restituir a Silos el frontal que así pega en el museo de Burgos, como el consabido par de pistolas al Santo Cristo.

#### LIBROS DE SILOS

Hemos visitado la biblioteca. Un doctísimo Padre bibliotecario nos la va mostrando metódicamente. Está en formación aún, pero debe tener 14.000 volúmenes. Es de construcción moderna como la distribución. Los riesgos de incendio y depredaciones están muy asegurados. El catálogo es de *card-system* y acordado a la bibliografía internacional. Hay selectísimas obras modernas de todas las disciplinas científicas, pero a pesar del despojo que en esta biblioteca han hecho, como en todas las riquezas del convento, las atrocidades anticulturales del siglo pasado, aún conserva muchos centenares de libros raros y preciosos, sobre todo de los siglos XV y XVI. Allí los incunables, allí las primorosas ediciones de Lovaina, de Venecia, de Nuremberg, de Gottinga, de Leipzig, de París, de Bruselas, de Salamanca y de Alcalá. Mermado y todo, el tesoro bibliográfico de Silos corresponde a lo que fué antes de la imprenta, y así es posible la labor que lleva a cabo la comunidad editando la Revista de Silos, la magna colección de Documentos para la Historia de Castilla y la colaboración de sus doctos escritores en las mejores publicaciones eclesiásticas.

## EL ARCHIVO

Lo que representa Silos en la historia de la iglesia, de las órdenes monásticas y de la nacionalidad española, está en su archivo. Recinto blindado, para reservarle de todo accidente, conserva en sus estanterías reliquias históricas inapreciables. Es un milagro que se haya podido coleccionar lo que allí hay, después de repetidos incendios, de hurtos desenfadados, de la desidia relajada del siglo XVIII, de las revoluciones del XIX, de la desamortización, de la exclaustación y otros graves acaecimientos enemigos de aquel tesoro de códices, de bulas, de cronicones, de actas, de ejecutorias y de testimonios. Los carlistas hicieron velas y balas de los sellos de cera y plomo que pendían de los privilegios, ejecutorias y bulas reales y pontificales. El monasterio de Silos y sus riquezas estuvieron muchos años sin más custodia que la de un pobre y olvidado cura de aldea, manos humildes le defendieron del embargo y de la catalogación fiscal; rústicos labriegos de aquellas tierras, monjas ignoradas, párrocos iletrados fueron muchos años en su poder los pergaminos miniados de Silos, los cartularios, las actas y las decretales, los primores caligráficos de la escritura gótica y muzárabe, que luego poco a poco se han rescatado. Un monje silense exclaustado vendió en Madrid miserablemente, con la más piadosa intención, la de allegar recursos para la reparación del abandonado convento, las más preciadas joyas, que han ido a enriquecer la Biblioteca nacional de París, el Museo Británico, las bibliotecas de Munich, de Cracovia y de Leipzig. Los centenares de códices y cartas visigodas, muzárabes, de la Reconquista, renacentistas, entregados a la custodia oficial en Burgos y en Madrid, desaparecieron en su mayor parte, enagenadas por la acostumbrada venalidad idiota de ciertos funcionarios. El opúsculo del Padre Martiál Besse, monje de la abadía de S. Martín de Ligugé, titulado «Histoire d'un dépôt littéraire—L'abbaye de Silos», que cuenta circunstanciadamente estos horrores, pone espanto e indignación en el ánimo menos español.

La crítica extranjera ha hecho grandes servicios, en presencia de las preciosidades de Silos emigradas de España, publicando transcripciones catalogadas y trabajos eruditos sobre ellas. Son de decisiva importancia las obras del P. Marius Férotin, monge de Solesmes que fué archivero de Silos: la *Histoire de l'abbaye de Silos* y el «Recueil de chartes de la'bbaye de Silos». Hace pocos años (1904) se publicó en Norte-América una pri-

morosa obra reproduciendo de los originales todos los motivos caligráficos de los libros de Silos adquiridos en el Museo Británico; es la publicada por el gran hispanista Archer M. Huntington y titulada *Initials and Miniatures of the IX<sup>th</sup> X<sup>th</sup> and XI<sup>th</sup> centuries from the mozarabic manuscripts of Santo Domingo de Silos in the Britihs Museum*. M. Eugene Roulin dió a luz en 1901 *L'ancien Tresor de l'abbaye de Silos*. La crítica española ha hecho algo, aunque menos, desde la Academia de la Historia.

El archivo de Silos, que requiere una verdadera iniciación en los que le visitan, no nos ofrece a los profanos en paleografía más que el asombro de todas las formas de escritura que se han sucedido en los siglos y el perfume de la antigüedad. Los viejos caracteres infunden admiración sagrada y el polvillo de las edades enpequeñece más aun nuestra insignificancia. Allí está el testamento de Fernan González; allí el cáliz donde consagró en su vida abacial las especies sagradas Santo Domingo, continuador de la empresa cristiana del conde castellano, que a su vez no hizo sino consolidar su cenobio fundado en el siglo VII u VIII por los primeros cristianos eremitas; allí está el báculo del Santo Abad, que como reliquia intercesora va a los reales palacios, de vez en cuando, en funciones eutólicas. Todo ostenta la vetusta autenticidad de las cosas que vivieron, reiterándonos una curiosa impresión que produce el monasterio de Silos, cual es la de que allí las cosas del siglo XV acá ya no tienen importancia, pues comparadas con lo arcaico de los documentos que más abundan, el siglo XV es fecha de nuestros días.

### EL RELICARIO

Este retrotraimiento de la vida a épocas prerólicas se acentúa en el Relicario del Monasterio. En ornacinas, vitrinas, armarios, cajonerías y altares se conservan restos venerables con que la devoción secular ha querido mantener viva la memoria de Santos, Beatos, Venerables, Siervos de Dios y demás jerarquías de la Iglesia. Muchas reliquias conservan la designación de a quien pertenecieron, de las más no se sabe sino que son de santos varones o místicas mujeres anónimas. Algunas de esas reliquias permanecen en urnas y relicarios de traza moderna y escaso valor artístico, pero otras están en cofres esmaltados que trazaron los orfebres de Limoges en los siglos XI y XII, en arquetas árabes de marfil llevadas al monasterio de entre los trofeos y botines ganados durante la reconquista, en relicarios románicos, en viriles visigóticos. Hay también bustos de bronce

y bandejas incrustadas de ágatas y cornalinas, esmeraldas y verdemares, hay camafeos y mosaicos, hay palomas de cobre cincelado, y el llamado ídolo de Carazo y mil preseas anteriores a toda civilización cristiana. Es que a poca distancia de Silos está la antigua Clunia, el convento jurídico de la dominación romana, emporio de vida y de artes suntuarias que surtió al monasterio en los primeros siglos de la vida de éste, de joyas romanas y celfberas destinadas por los monjes al culto de las reliquias; aquella Clunia, aun hoy inexplorada, almacén inagotable de antigüedades hispano romanas que entre Peñalba de Castro y Coruña del Conde ofrecen el inmenso recinto de una ciudad que fué enorme y cuyos suburbios se extendían sin duda por toda la montaraz comarca, en uno de cuyos rincones más agrestes fundó Recaredo *la mongía* de San Sebastián.

La consideración de las preciosidades procedentes de Silos y dispersas por el mundo o perdidas para siempre, nos da la impresión melancólica de las fatalidades superiores a la pequeñez humana. Salvadas en el museo de Burgos están las arquetas de bronce y de marfil que son allí los mejores objetos, el díptico ebúrneo con inscripciones de Abdherraman el Grande y no sabemos si algo más. Pero ¡qué de joyas de Silos no enriquecerán las colecciones de los próceres improvisados con cuyos millones insulta nuestra época a la lógica de locación de las obras de Arte!

Abrumados por las memorias vivas que de los tiempos primitivos del solar hispano hemos revisado, salimos al patio claustral. Declina la tarde y el cielo repite los tonos de los ópalos y los lapis-lázuli que hemos admirado. Las quimeras de los capiteles románicos renuevan sin cesar la representación mítica de las antiguas y misteriosas fantasías orientales. Un ciprés viejo lanza hacia lo alto su muda y perenne plegaria, los follajes de unos arces copudos azotan los fustes de la alta columnata y algo inmenso e invisible pasa junto a nosotros.

### EL GENIO FRANCÉS

Cuando los frailes entonan una vez más sus vísperas, echamos de ver cuánta influencia ha ejercido el genio católico francés en este monasterio como en otras tantas cosas de las Religiones regulares españolas. El resurgimiento de Silos es obra del largo pontificado del P. Guepin, a quien hemos saludado cercano ya a una muerte que no se hará esperar. El buen gusto francés ha hecho de Silos esta excelsa escuela del canto gregoriano, ha elevado el ceremonial ritual y la liturgia y ha in-

tensificado los estudios teológicos, filosóficos e históricos. Los principales miembros de la actual congregación son monjes de la congregación francesa de Solesmes y hasta hace poco lo fueron de San Martín de Ligugé. Desde los tiempos más remotos de la vida de Silos se percibe el ascendiente cluniacense. Cuando la fama del monasterio congregaba junto a Santo Domingo una población numerosa de todos los países, el extraordinario número de franceses hacía necesario que el abad hubiera de nombrar un merino francés en competencia de atribuciones con el merino castellano. Por más españoles que somos, nos complace hacer justicia a la fina espiritualidad francesa que ha puesto y pone selectas delicadezas hasta en la manera de sentir el hondo catolicismo de las congregaciones. Son *les traits éternels de la France* de que por estos días ha escrito nuestro amigo Maurice Barrés.

El espíritu de renunciación y de sacrificio, no sabemos si se puede decir que es singularmente francés. Sólo si haremos notar que del desprendimiento de la vida que supone la vida cenobítica, resulta una indiferencia por la responsabilidad social y política que no a todos les es dado sacudir. Sin embargo, en nuestras manos, blanca y austera, una esquela de funeral nos dice que «Mense Junio, anno Domini MCMXVI obiit in bello, prope Verdunum Rev. Pater Dominus Elías Lemerdy, Monachus Abbatiae Sancti Dominici de Silos, in Hispania».

Tenía 36 años de edad y 19 de profesión y murió en la guerra frente a Verdun. No hizo vacilar a su condición de francés su condición de monje. Creamos que la sangre de este soldado, arrancado a la existencia contemplativa del benedictino, vale ella sola más que todos los motivos fría y ferozmente hipócritas con que en balde intenta justificarse la tragedia europea.

## EL ADIÓS

Hemos salido de Silos por la puerta de los barbascones, viejo portillo de la muralla, que rememora la afluencia de vascongados al monasterio, en los siglos medios. Recorremos el pueblo. Hay algunas casas hidalgas entre las miserables viviendas. La plaza tiene un rollo gótico. En la botica hay una notable colección cerámica de tarros y orzas que fueron del convento. El aspecto de Silos es pobre, miserable y descaecido.

Por los carrejos próximos comenzamos a subir la cuesta. Largo rato y trecho nos acompaña el fraile nuestro gran amigo, hasta que, al fin él se queda diciéndonos adiós y nosotros nos vamos de vuelta a la vida. Montañas y derrumbaderos hacen

interminable la caminata. Pasamos al pie del monte de Carazo, atravesamos Hacinas y otros lugarejos donde todo aparece pobre y desolado. A lo lejos vemos durante varias horas el incendio de un robledal, que será como casi todos, según nuestro guía, intencionado. Ya llegamos al camino real y damos molidos y malfrechos en Salas de los Infantes.

A la mañana siguiente, un automóvil raudo nos vuelve a Burgos. Un poco avergonzados, comemos cosas delicadas, con nombres franceses, servidas con refinamiento, después de un baño bienhechor. En Burgos no se habla más que de las pasadas elecciones y de las corridas de feria.

RAFAEL NAVARRO

Palencia, Diciembre de 1916

## Paréntesis

Cual una gigantesca cuchillada  
rompe el rayo el mantón de la negrura  
y aota la borrasca desatada  
la inmensa desnudez de la espesura.

Bate sus grandes alas crugidoras  
el potente huracán sobre la tierra  
y palpitan las aguas rugidoras  
sobre los flancos negros de la sierra.

La augusta magnitud de la tormenta  
tiembla en la lobreguez del firmamento  
mientras el trueno en el confin revienta.

Y de la lluvia las vibrantes gotas  
caen bajo los ímpetus del viento  
desde los senos de las nubes rotas.

## Berta

Murió Berta, la chiquilla  
de dulcísima mirada  
y de boca almibarada  
cual las fresas de Castilla.

Murió Berta, la sencilla.  
En un rincón olvidada  
quedó en despojos trocada  
la seda de la sombrilla.

Todo lloró su partida  
y la mata preferida  
del jardín se marchitó.

Volvió después la alegría,  
el amor, la poesía,  
¡pero Berta no volvió!

BLANCA DE JARAMILLO MEZA  
(Colombiana)



## La niña mendiga

Es la niña mendiga tan bella,  
¡es tan niña la niña mendiga!,  
que no hay nadie que al verla no diga:  
¡da lástima de ella!

Aunque es mucha la gente que ignora  
que con ella cruel, la fortuna  
le privó de otro bien en malhora.  
¡Ay!, sin madre quedóse en la cuna.

Como el oro es su rubia pelambre,  
y en su boca, más lirio que rosa,  
se dibuja una risa penosa:  
es la triste sonrisa del hambre.

Son tan pobres las ropas que viste,  
que pudiera decirse sin duda,  
aunque el caso parezca bien triste,  
que va más que vestida, desnuda.

Y así afronta la lluvia y la nieve  
en los días de invierno más crudos.  
Cuando corre y sus pies van desnudos,  
en el aire creéis que se mueve.

¡Con qué voz, con qué acento tan suave,  
con qué grata y sencilla manera,  
un *chavito* no más pedir sabe  
al primero que pasa a su vera!

Es su tono tan dulce y sumiso,  
tan tenaz y tan blando su ruego,  
que rendirse por fuerza es preciso,  
sí por bien no lo hacéis desde luego.

A mí búscame y sáleme al paso,  
sin saber que su encuentro me place,  
y jamás la limosna le taso,  
porque es ella quien bueno me hace.

Y alargando su escuálida mano,  
y con voz que una angustia revela,  
me repite la fiel cantinela,  
comprendiendo que nunca es en vano.

Yo le doy mi limosna diaria,  
y ella amable, sino agradecida,  
balbucea la frase sabida  
que en su boca me suena a plegaria.

¡Que el Señor se lo pague!, murmura  
con tan puro, tan cálido acento,  
que al oirla, llevado me siento  
de un impulso de intensa ternura.

Levantarla en mis brazos quisiera  
para carga tan leve potentes,  
e imprimir en su rostro de cera  
no ya un beso, mil besos ardientes.

Besos llenos de amor, de esos besos  
depurados que sólo en la boca  
de las madres florecen, sí, de esos  
de los cuales ninguno le toca.

Y con ella acostada en mi pecho,  
la ciudad correría aturdido  
y gritando a las gentes: no os pido  
sino el bien que hasta aquí no habéis hecho.

Un hogar abrigado, una cuna,  
una madre para esta mendiga,  
y ese bien que no da la fortuna:  
el amor que una madre prodiga.

Comprendiendo que acaso deliro,  
y que es más que imposible mi empeño,  
apenado sollozo y suspiro;  
de mi fiel voluntad me hago dueño.

Pongo freno a mi impulso amoroso  
sin mostrarme ni sordo, ni avaro,  
y volviendo a mi dulce reposo  
de la niña infeliz me separo.

.....  
Ha pasádose un mes día por día,  
(y sabed que he llevado la cuenta),  
sin que yo halle a la niña harapienta  
donde siempre encontrarla solía.

Y ya sé lo ocurrido y el cómo,  
que algo es que contrista y conmueve  
al que entrañas no tenga de plomo:  
lo diré, pues la historia es muy breve.

Cierto día, en el suelo acostada,  
presa ya de mortal calentura,  
vista fué la infeliz criatura,  
y al cercano hospital trasportada.

Pocos días después, dulcemente,  
sin que al fin ni una mueca ligera  
alterase su faz sonriente,  
exhaló su sonrisa postrera.

Tal el término fué, y es la historia  
de la huérfana niña mendiga,  
cuya santa y piadosa memoria  
permitid que en silencio bendiga.

Con un dicho mi boca se cierra,  
y sean de ello los cielos testigos:  
mientras vea que hay niños mendigos,  
negaré que haya amor en la tierra.

CÁNDIDO R. PINILLA

## Muy siglo XX

«¿Estás mala, Juana?—dijo Elena.

—No, mamá—respondió la niña—¡Es ese  
cielo tan feo!»

E. Zola.

**S**iempre ha tenido el reparto del correo para nosotros, en esta vieja y silenciosa ciudad, un encanto profundo. No quiero creer que haya un solo mortal a quien la llegada del cartero a su casa no produzca emociones. Miramos a estos modestos funcionarios de los servicios públicos con grata simpatía. Pueden muy bien representar en nuestra vida el cable conductor que nos une con los amigos lejanos, con las ciudades desconocidas, con los paisajes de ilusión y de ensueño.

Una mañana hemos despertado un tanto malhumorados y descontentadizos. Cierta sensación que sufrimos el día anterior nos dejó honda huella de fastidio y desagrado, permaneciendo en nuestra memoria, a pesar de la noche que acaba de transcurrir, con gran colorido y relieve en todos sus detalles. Son pequeñas contrariedades que todos, quién más, quién menos, tenemos en la vida.

Desde nuestro dormitorio, que da a un patizuelo o a una plaza silenciosa, contemplamos a través de los cristales el aspecto que presenta el nuevo día. Diremos ante todo, que el cielo que ahora abarca nuestra mirada, para nosotros, españoles, cuando no está azul, deja sumido nuestro espíritu en un

vago malestar. Sin saber por qué, al recibir esta impresión, que es la primera del día que comenzamos a vivir, sentimos la nostalgia evocadora de una mañana primaveral, esplendente, en que, al recorrer los visillos, experimentamos el deleite que proporciona la íntima satisfacción espiritual.

Siempre que ante nuestros ojos, como instante preliminar, se dibuje un cariz de tristeza, quedaremos preocupados y fatiguados. Tal vez más tarde, con el lento transcurrir de las horas mañaneras, atenúe esa agri dulce sensación. Y es que las mañanas, con su limpidez, su diafanidad y su blancura, pueden sernos propicias para despertar en nosotros un nuevo motivo de refinamiento y sutilidad, que desdibuje el tedio y le melancolía de que quedamos penetrados.

Acabamos de inquirir la hora del reloj que colocamos la noche anterior en la mesilla. Las ocho y media, las nueve menos diez, las nueve...

—El cartero — oímos decir a una voz.

¿Qué traerá hoy el cartero para nosotros? ¿Vendrá a renovarnos una amistad, algo esfumada por el tiempo y la distancia?... Por no sabemos qué clase de maquinaciones espirituales, nos acordamos de un antiguo camarada de facultad que ahora se encuentra pensionado en París...

Nuestra atención, nuestro entusiasmo y la totalidad de nuestro esfuerzo, se hallan reconcentrados en un solo lugar. A la par que guardamos silencio, escuchamos atentamente lo que pasa allá en lo hondo de la casa, hacia el final del pasillo, donde sabemos que ha de vibrar argentinamente la campanilla del timbre. Suena ésta, por fin, del mismo modo que suena todos los días, a la misma hora, cual si nos hablase desde lejanos horizontes del aroma de otras vidas.

Allá, en la hondura penumbrosa de la casa, cabe el perchero lunático de estilo inglés, sobre el hule encerado del pasillo, cambian brevemente unas palabras el cartero y la muchacha que nos atiende en nuestra vida familiar. Esta chiquilla pueblerina, vivaracha y de ojos traviosos, nos demanda desde afuera permiso para entrar. Y es que, con los cuellos altos y los blancos pañuelos, nos trae el producto que el correo acaba de dejar en la casa para nos. Unos días es poco pródigo el correo. Cuando esto ocurre, suele entregarnos la muchacha, no sin cierta timidez y corrección, las postales y los periódicos que había para «el señorito».

Otras veces, en cambio, la benignidad del cartero se extiende a más. A las nueve, minutos más, minutos menos, cuando suenan en la vibrátil campana dos toques rápidos y nerviosos, anuncio indiscutible de la visita del cartero, ya estamos llenos de impaciencia. La muchacha entonces, locuaz, entra a decirnos, sabiendo de antemano que con ello nos va a dar un alegrón, la frase consagrada de «hay que firmar».

Ahora llega hasta nosotros algo más que el bagaje insustancial de las frívolas postales, que nada nos dicen que pueda interesarnos, como misivas de plácidos amigos que hacen esto tan sólo por no quedar en calidad de desatentos y olvidadizos.

El paquete certificado que recibimos tiene todo el aspecto exterior de contener un libro, tal vez un maravilloso libro de cuyas páginas habremos de encontrar algún día el bálsamo sedante y acariciador para nuestros desconsuelos.

Siempre fueron gratísimos para nosotros los momentos matinales en que aprisionaron nuestras manos, con alegría convulsa, las cartas y periódicos que nos entregó el cartero. Acaso por esto, uno de los más grandes novelistas y narradores de nuestro tiempo, Pedro Loti, habría de presentarnos en su bello libro «Las desencantadas», al héroe del relato despachando el correo en una grata mañana abrilena, entre la ofrenda de los rosales del jardín, en la calma solemne de la suave campiña...

RAMÓN S. GRANGEL

## El buey suelto

Otro año de placer, oh noble duquel  
y así piensas vivir los que pudieres  
hasta que, haciendo punto en tus placeres,  
el golpe de la Parca te desnueque,

Tranquilo llevas por la mar tu buque  
domando las borrascas como quieres,  
entre el juego y el vino y las mujeres  
y un doctor que te tiña y que te estuque.

Vives y comes sin quehacer ni oficio,  
mientras a mí la prole me desvela  
costándome a diario un sacrificio.

Pero ¿no te acongoja y desconsuela  
que tu barco, bogando por el vicio,  
no dejará tras sí rastro ni estela?

SINESIO DELGADO

LA «REVISTA CASTELLANA»

EN HONOR DE ZORRILLA

*En breve aparecerá el número extraordinario que la REVISTA CASTELLANA publica con motivo del primer centenario del nacimiento de Zorrilla.*

*Esperamos fundadamente que este número ha de ser recibido con general agrado. Llevará una bellísima poesía inédita del inmortal cantor de Granada, así como numerosos trabajos en verso y prosa suscritos por autores de reconocido mérito. Acompañarán al texto notables fotograbados referentes al poeta vallisoletano.*

## COMENTARIO DEL MES

## La vida teatral

El teatro en Madrid.—Los grandes éxitos líricos.—El triunfo de los músicos.—El género de «verso».

En Madrid, lo he dicho ya en distintas ocasiones y en lugares diversos, hay una extraordinaria afición al teatro. En esto, como en otras muchas cosas, Madrid es superior a Barcelona.

En Barcelona hay pocos teatros, y con la excepción de dos o tres todos ellos son barracones incómodos, locales sucios y mal olientes. Hay en Madrid más de veinte teatros; todos ellos lindos y alegres y la mayoría elegantes, suntuosos.

Supera Barcelona a Madrid en el número de los cinematógrafos, no en el lujo ni en el buen gusto de las salas que sirven de albergue a las películas. Barcelona no tiene como Madrid un Gran Teatro que, con justicia, puede ufanarse con el sobrenombre de «Palacio del cinematógrafo».

Y de que esta es la realidad se hallan convencidos los mismos catalanes, los barceloneses para concretar, que en sus teatros tienen que admitir o que rechazar lo que se les exporta desde Madrid, de donde irradia, repartiéndose por toda la península y aun fuera de ella, la literatura escénica.

Como ocurre con la literatura sucede con los faranduleros, que saben de sobra que en Madrid es donde pueden con un solo triunfo, en una sola noche consolidar sus méritos.

\* \* \*

Cuanto va escrito a modo de proemio sirve, lector, para explicar el número, que algunos creen excesivo, de teatros abiertos en Madrid y de compañías por lo general excelentes que en ellos actúan.

El número tendrá muy pronto un aumento. El antiguo Cervantes ha renacido sobre sus propios escombros, y dentro de breves días el público lo verá convertido en un coliseo amplio y elegantísimo. El Odeón, que ahora da margen, por la pereza con que se levanta, a las burlas estúpidas de cuatro vagos de café, será también dentro de unos contados meses el teatro inmenso y fantástico que asombre a todos.

Serán, pues, en breve diez o doce los teatros en los que funcionen compañías de las llamadas de «verso». Al revés de lo que acontecía en años no remotos aún en la actualidad el género zarzuelero atraviesa una difícil crisis, por falta de músicos, de autores, o de artistas, o por culpa de todos a la vez.

Los autores, aun aquellos que en la comedia, en el sainete y aun en el drama mismo si se terciara, obtienen legítimos y

sonados triunfos, cuando se deciden a marchar de bracero con un músico tropiezan y se dan de narices contra las piedras.

Los tres mayores éxitos de género zarzuelero desde octubre hasta la fecha se deben exclusivamente al músico; de ningún modo al libretista. *El asombro de Damasco*, *La embajadora*, *El señor Pandolfo*, ¿a quién, sino a los músicos, deben su renombre y su popularidad?

Paso y Abafi, cegados por las refulgencias del teatro oriental se perdieron en la insulsez, y lo que en *El asombro de Damasco* pudo ser fina ironía, donosa picardía, ingenio de epigrama, se convirtió en gracia burda, en plebeya exhibición de gustos y sentimientos sin cortesanía.

En *La embajadora*, los libretistas han rivalizado en amontonar en dos docenas de cuartillas todas las majaderías posibles, y en *El señor Pandolfo*, el espíritu sutil y artista de Luis Fernández Ardavin, el delicado poeta, se ha diluido también a veces en la vaciedad a que sin duda le invitaba con frecuencia su colaborador.

Y estos son, por la música, como he dicho, los tres grandes éxitos del género zarzuelero. Pensad, pues, en lo que serán tantas otras obras estrenadas en lo que va de temporada en la Zarzuela, Novedades, Martín, Apolo y el Cómico.

\* \* \*

En los teatros de «verso» suele aposentarse más a menudo la buena fortuna. No hay jamás en ellos al menos desdenes hacia el arte, ni burlas descaradas para el público. Cuando llega un desacierto se confiesa y respetuosamente se procura la enmienda y se busca la rehabilitación.

Éxitos grandes, éxitos verdaderos, en los teatros de este género no puede, sin embargo, apuntarse ninguno todavía.

*Marianela*, en la Princesa, consiguió el triunfo de antemano asegurado, porque Pérez Galdós en la novela logró uno de los más rotundos y merecidos; y de los adaptadores, los hermanos Quintero, ya podía suponerse que harían con pericia exquisita la adaptación.

Margarita Xirgú, a la que hubiera hecho mucha falta un Emilio Mario, por ejemplo, para convertirla en una trágica enorme, borra anteriores deficiencias de interpretación en solo dos minutos: en la escena de la muerte, que es un asombro de realidad.

Federico Oliver, sigue en *El crimen de todos* la ruta iniciada en *Los semidioses*. Bien está el propósito si se acierta a realizarlo. Hasta ahora andamos a medias, nada más.

En Lara, donde las prédicas y los augurios flageladores de El desterrado de *La ciudad alegre y confiada*, cayeron a tierra, como las hojas, con los primeros fríos del otoño, Carlos Arniches ha dado una prueba de cobardía insólita con *La señorita de Trévez*. Pudo haber sido ésta, al través de sus ironías dolientes, de sus burlas amargas, la comedia en que se reflejaran como en claro espejo el bárbaro impulso de muchas

almas; la honda y desconocida tragedia de corazones que se agostan floreciendo porque la esperanza se pierde con la vida; el latigazo cruel sobre las espaldas de tanta gente sin amor a los demás, y por timidez o por temor al ajeno enojo, queda convertida en una vulgar caricatura más, en la que tan pronto las lágrimas como el regocijo, confundiéndose, se asoman a los ojos.

LUIS SALADO.

Madrid, Diciembre.

## El mes en Castilla

### BURGOS

TEATROS.—*Teatro Principal*.—Día 1. Segunda representación de *El asombro de Damasco*, con mucho aplauso.—Día 10. Presentación de la compañía dramática dirigida por José Domínguez y Vicente Castilla, con *Marianela*.—Día 12. Organizado por la Sociedad Filarmónica, da un concierto el trío Cubilles-Ortiz-Casaux.—Día 19. Estreno de *En un lugar de la Mancha...*, de Parellada.—Día 26. Se presenta la compañía de María Palou, con *Marianela*.—Día 28. Estreno de *María Victoria*, de Linares Rivas.—Día 29. Id. de *Doña María Coronel*, de Muñoz Seca.—Día 30. Numerosos literatos se reúnen en el foyer del teatro para ofrecer una manifestación de simpatía a los hermanos Quintero, estantes en Burgos. A la terminación, Serafín A. Quintero leyó admirablemente un bello romance, que publicaremos en uno de nuestros próximos números.

### LEÓN

Enero 14. Celébrase en el teatro un importante mitin, al que asisten más de 2.000 mineros, para pedir mayor expansión a los mercados de carbón y aumento en el material de transporte ferroviario.

TEATROS.—Enero 2. Se estrena *Marianela*, de los Quinteros, con inmejorable éxito.—Día 12. Estreno de *La casa de Quirós*, de Arniches.

### LOGROÑO

Enero. 24. Se distribuyen los premios a los alumnos de la Escuela Industrial que los merecieron en el último curso.—Día 26. Se verifica una manifestación para protestar contra la escasez de material ferroviario.

Los periódicos locales publican estadísticas por las que se ve que el número de lectores de la Biblioteca Provincial ha aumentado considerablemente.

### PALENCIA

Enero 10. Fallece D. Gerardo Martínez Arto, uno de los más ilustres juristas castellanos.



TEATROS.—*Teatro Principal*.—Día 2. Estreno de *En un lugar de la Mancha*, de Parellada.—Día 4. Estreno de *Lluvia de hijos*, de Reparaz. Día 25. Se presenta la compañía Montijano, con *El Cardenal*.—Día 27. Se estrena *Marianela*.—Día 28. Id. *La señorita de Trevélez*.—Día 29. Id. *El limpio solar*, de Francisco de Cossío.

## SALAMANCA

Enero 10. En el Ayuntamiento se da cuenta de una carta del maestro Bretón, con la cual envía la partitura original de su poema musical *Salamanca*. La corporación nombra al maestro Bretón hijo predilecto de la ciudad.—Día 19. El notable literato y colaborador de la REVISTA CASTELLANA, D. Juan D. Berrueta, da en la Universidad una meritisima conferencia sobre *El alma de Don Quijote*.—Día 23. La Cámara de Comercio acuerda celebrar un importante certamen comercial.

## SANTANDER

Enero 1. El Ateneo, persistiendo en su labor meritoria e incansable, tiene abierta una exposición de arte retrospectivo. Figuran en ella cuadros de Van Dick, Velázquez, Tiziano, Zurbarán, Murillo, Crayer, Leonardo de Vinci, etc. Continúa, en el mismo Ateneo, la discusión sobre «Propiedad de la tierra como causa de criminalidad.»—Día 5. La sección de Ciencias Positivas, del Ateneo, se reúne para tratar el tema *Notas de cálculo infinitesimal*.—Día 7. Un terrible incendio destruye el Ateneo. Todos los cuadros que formaban la exposición perecen entre las llamas, así como los libros de la biblioteca, valiosísimos muchos de ellos.—Día 10. El Ayuntamiento acuerda construir un hipódromo.—Los socios del Ateneo tratan de construir para este centro un nuevo edificio, que costará, según los primeros cálculos, 100.000 pesetas.—El Ateneo ha alquilado los pisos primero y segundo de la casa número 1 de la calle de Lepanto, para instalarse en ella mientras lleva a la práctica el proyecto de construir edificio propio.—Día 22. La sección de Ciencias Morales y Políticas se reúne para tratar de la memoria presentada por D. Jaime D. de la Espina sobre «El duelo ante la Iglesia y ante la razón.»—Se ha publicado la memoria de la Biblioteca y Museos municipales. Establecidos hace pocos años por el Ayuntamiento, hoy cuenta la Biblioteca con 18.767 libros y folletos, y el Museo con 92 cuadros, 2.640 monedas, 237 medallas y 497 objetos varios. ¿No podían todos los Ayuntamientos de Castilla imitar al de Santander?

TEATROS.—*Salón Pradera*. Día 2. Se estrena, con buen éxito, el entremés *Acorazado y submarino*, original del comandante de Infantería D. Diego Ordóñez.—Día 18. Se presenta la compañía de Porredón, con *Lo cursi*, de Benavente. En los días sucesivos estrena *Las Madreselvas*, de Ramos Marín, *Ensueños*, de Prada, *La señorita de Trevélez* y otras.

## SEGOVIA

Día 7. Se acuerda construir un mercado cubierto.—Queda restaurada la maravillosa portada de San Juan de los Caballeros, hoy taller del insigne ceramista Daniel Zuloaga.—Numerosos deportistas practican el alpinismo en la Sierra, y se trata de establecer un trashedador aéreo desde Cercedilla al Club Alpino.

TEATROS.—*Teatro Miñón*.—Día 21. Se presenta una compañía de bailes rusos, recibida con escasa aceptación.

## SORIA

En Burgo de Osma ha comenzado a publicarse una revista quincenal titulada *Hogar y Pueblo*.—Día 25. Fallece en la capital, causando unánime sentimiento, D. Vicente Tejero y Tejero, director de nuestro estimado colega *El Avisador Numantino*. La REVISTA CASTELLANA se adhiere a tan justo dolor.

## ZAMORA

Muy pronto comenzará la construcción de un nuevo teatro en la plazuela de San Gil.

## VALLADOLID

EXTENSIÓN UNIVERSITARIA.—Día 15. Se inauguró el curso de extensión universitaria, organizado por el Rector Sr. Valverde con el concurso del claustro de la Universidad. El Sr. Torre Ruiz, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, leyó una sobria y jugosa noticia de los trabajos realizados para preparar este curso, y el Sr. Rector, en frases expresivas y oportunas, hizo ver la precisión de que la Universidad se ponga en contacto con la opinión pública, con lo cual aparecerá de manifiesto la excepcional valía del profesorado español.

A continuación tomó la palabra el Doctor Don Antonio Alonso Cortés, encargado de la primera conferencia. Después de un proemio lleno de certeras observaciones sobre los males de la enseñanza, no dependientes por cierto de los profesores ni de los alumnos, comenzó a desarrollar el tema de su disertación: *la Ciencia general*. Hizo ver que necesariamente ha de existir una ciencia que, sin estar formada por la suma de elementos de las demás, dé la norma para el desenvolvimiento de todas e irradie sobre ellas su poderoso resplandor; esa ciencia, aunque formada *a posteriori*, debe servir de preparación al estudio de las demás, por ser para todas indispensable. El examen de lo que sea esa ciencia, constituirá la materia de otras conferencias que en el mismo curso ha de dar el Sr. Alonso Cortés.

La segunda conferencia corrió a cargo de D. Eduardo Callejo, catedrático de la Facultad de Derecho, el cual habló del *Derecho obrero*.

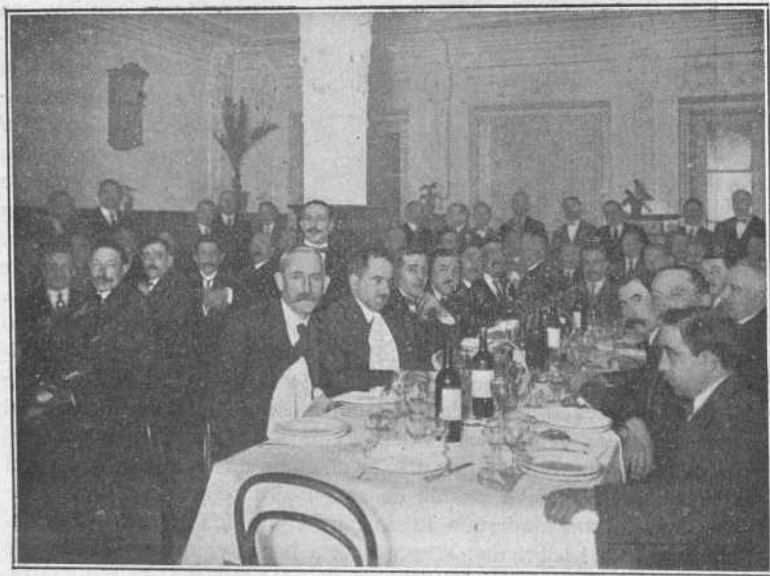
Con decir que el cultísimo profesor demostró una vez más sus profundos conocimientos, su palabra fácil y persuasiva y su claridad en la exposición, está dicho todo. El plan que trazó para desenvolver su tema fué el siguiente: *Qué es el derecho obrero*.—*Por qué existe este*

*derecho.—Si es o no justo; cuál sea su eficacia y qué lugar y situación tendrá en el porvenir.*

Planteadas así la cuestión, el Sr. Callejo estudió de mano maestra la primera parte. En conferencias sucesivas seguirá desarrollando su notabilísimo trabajo.

El catedrático D. José Ferrández, pronunció la tercera de las conferencias, acerca de *El materialismo contemporáneo*.

Puso el Sr. Ferrández de manifiesto su vasta y profunda ilustración en asuntos jurídicos, encaminando recta y acertadamente el desenvolvimiento de su tema. Hizo ver que el materialismo a que se refiere no es el antiguo materialismo teórico, sino el actual, marcadamente práctico y que está en el ambiente y la vida. Con admirable lucidez expuso el disertante cuáles son las causas de este materialismo, y cerró su documentada conferencia inquiriendo los remedios para mejorar aquella tendencia.



Banquete íntimo con que la Sociedad de Excursiones «La Peña Castellana» inauguró su nuevo domicilio

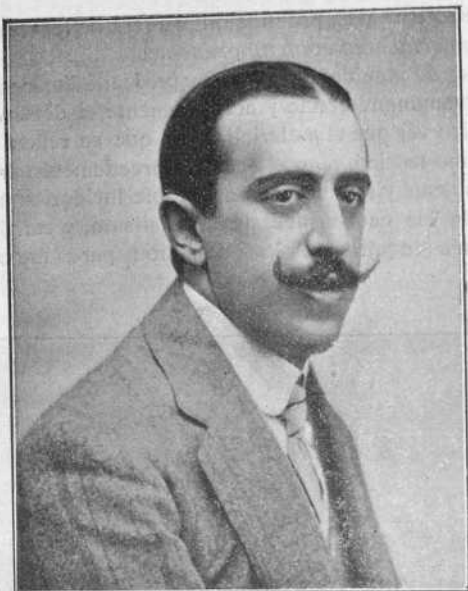
ATENE0.—Día 18. Nuestro querido compañero Fernando de'Lapi, dió en el Ateneo una conferencia acerca de *El valor Benavente*.

Sutil y perspicaz conocedor de la literatura en sus varios matices, de'Lapi deleitó al nutrido público que le escuchaba con una disertación tan honda como amena, en que fijó los jalones sobre que ha de descansar la crítica que juzgue acertadamente al autor de *Los intereses creados*.

Esta conferencia es como la iniciación de un estudio en que de'Lapi,

bien puede asegurarse, dejará definida la gran figura de Benavente desde las alturas de una crítica amplia y comprensiva.

TEATROS.—*Teatro de Calderón*.—Día 13. La compañía de Montijano estrenó en este coliseo el drama *En el limpio solar*, original de nuestro

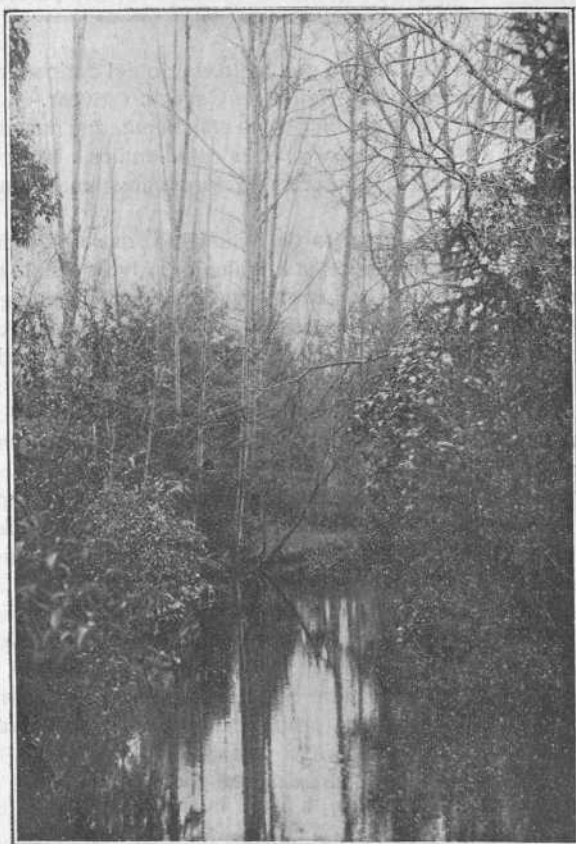


Francisco de Cossío

querido compañero Francisco de Cossío. El que concurra esta circunstancia no ha de ser obstáculo para que estampemos aquí todos los elogios que Cossío y su obra merecen. Es Cossío uno de los más valiosos paladines en ese brillante núcleo de escritores que hoy, en vigoroso resurgimiento, honran las letras de nuestra Castilla. Su drama *En el limpio solar* cautiva desde luego por la transparencia de un lenguaje expresivo, sobrio, propio de quien domina el habla castiza, y contenido

en un diálogo de tal espontaneidad, que parece obra de autor experimentado más que de dramático novel. El asunto se desarrolla con la intensa brusquedad de lo real, pasando desde el apacible reposo del solar montañés al conflicto tremendo que guardan las tragedias del corazón. Un nuevo Hipólito suscita el amor de su madrastra, y al estallar con violencia la pasión de esta Fedra campesina, se ve aparecer, bajo formas modernas, la siniestra figura de la tragedia clásica. Palpita en toda la obra una extraordinaria fuerza emotiva.—*Teatro de Lope*.—Da nutridas entradas la zarzuela *La España de pandereta*. Obra vistosa, animada, presentada con todo lujo, tiene a ratos ingenio y da cabal idea de lo que a los ojos de los extranjeros es la nación española.—*Teatro de Zorrilla*.—Se ha visto con agrado, durante no pocas noches, *El asombro de Damasco*. Es lástima que abunde en chistes burdos y chabacanos.—Preséntase la compañía Rodrigo y alcanza excelente acogida—*Teatro de la Comedia*.—La compañía que actúa en este teatro ha reproducido algunas obras del repertorio antiguo entre ellas *En el seno de la muerte*, de Echegaray. La aplaudió el público. La abundancia de original nos impide hablar de otros estrenos y reproducciones de obras en los teatros de Valladolid.

VALLADOLID PINTORESCO



Fot. MONTERO

UN PAISAJE DEL PARQUE

## Registro bibliográfico

En su folleto *La enseñanza en México* estudia el licenciado Paulino Machorro Nervéz cuanto hace referencia a este problema, en todas partes interesante y en Méjico de modo muy especial.

No sólo da cabal idea del estado de la enseñanza en la república mejicana, sino que hace consideraciones generales muy acertadas, y en pocas páginas realiza un notable estudio de orden psicológico y sociológico.

\* \* \*

Ya toda la prensa ha hablado con justo elogio del curiosísimo libro *La juerga de la estudiantina*, original de Cayetano Alvear.

Es en verdad el *libro de apuntes* de un estudiante, que con suficiente perspicacia para descubrir las corruptelas estudiantiles e imparcialidad bastante para no callarlas, lo hace en la forma más amena que puede imaginarse.

Termina el libro con un grito de optimismo, que verdaderamente conforta el ánimo y abre las puertas a la ilusión. Alvear señala el hecho de los alumnos de Filosofía y Letras, «que sin huelgas, ni algaradas, ni bullangas, van con su propio esfuerzo y el de sus maestros labo-  
rando constantes por el buen nombre de la ciencia de esta patria.»

\* \* \*

Eduardo de Ory acaba de aumentar su caudal literario con un nuevo libro; un libro bello, expresivo, vehemente, en que la musa del brillante poeta prodiga todas sus galas.

Ya en uno de los anteriores números de la REVISTA CASTELLANA pudieron saborear nuestros lectores las primicias de *Hacia las cumbres...*, que así se titula el libro de referencia. Por aquellos versos pueden estimarse los subidísimos quilates de todo el libro.

Flota sobre las páginas de éste un aroma de sin igual delicadeza. Versificador pulquérrimo, Ory pone esta cualidad al servicio de su privilegiada inspiración.

Y ahora, no queremos terminar sin que los lectores de esta revista conozcan uno de los sonetos del libro: el inspirado en la lectura de Alfredo de Musset.

Sobre la tumba del gran poeta  
—donde enterrada fué la ilusión—  
llora una linda, gentil griseta:  
la inolvidable Mimí Pinson.

Aunque voluble como coqueta,  
dióle a su amado la inspiración;  
la llamarada de su alma inquieta,  
su único anhelo: su corazón.

Juventud: —sueños, risas y amores—  
riega con frescas y hermosas flores  
la sepultura de tu cantor.

¡Y con la dulce griseta amada,  
llora en la tumba; donde olvidada  
quedó la lira del trovador!

\* \* \*

*Al través de mis lentes*, de Francisco Cañellas, es una colección de artículos en que una vez más manifiesta sus prendas literarias el docto crítico cubano.

La crítica de Cañellas es rápida, sobria; pero no por eso menos exacta y comprensiva. A la mayor determinación de los juicios contribuye la transparencia del lenguaje, de una sencillez elocuente.

\*\*\*

En su breve cuanto interesante folleto *Testiana*, el erudito italiano Alfredo Giannini proporciona dos datos pertenecientes al conde Fulvio Testi y relacionados con la literatura española. Refiérese el primero a una de las canciones más conocidas de Testi, y que, como demuestra el Sr. Giannini, tiene analogía de asunto con un romance inserto en *El Pasajero*, del vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa. Por el segundo venimos a conocer la traducción castellana de otra canción del mismo Testi, conservada en un manuscrito de la Biblioteca Nacional.

\*\*\*

Sobre *El Descubrimiento de América y las joyas de la reina Doña Isabel* dió unas notables conferencias en la Academia de la Juventud Católica de Valencia el docto escritor D. Francisco Martínez y Martínez, coleccionadas después en un libro.

Para comprender la importancia de este trabajo, baste decir que el Sr. Martínez, completando la prueba iniciada por D. Cesáreo Fernández Duro, hace saber que la anécdota atribuída a la Reina Católica, que nos presenta a Doña Isabel entregando sus joyas a Colón para descubrir el Nuevo Mundo, es pura fábula, inventada por D. Fernando Colón, hijo del descubridor. Pero si no ése, otro rasgo semejante tuvo la gloriosa reina, que dió «sus ricas preseas a los valencianos en garantía de muchos miles de *solidos*, del oro que necesitaba para pagar las huestes que debían arrancar del poder musulmán la ciudad del Genil».

\*\*\*

Algo tarde llegamos, porque ya toda la prensa le ha dedicado sus elogios, para hablar del estudio *La justicia y Felipe II*, original del Dr. José M.<sup>a</sup> González de Echávarri, catedrático cultísimo de esta Universidad.

Es un trabajo crítico y documentado, basado en diez y siete reales cédulas y cartas acordadas del Consejo, inéditas, que el Sr. González de Echávarri ha encontrado en sus trabajos de investigación en el archivo de nuestra Real Chancillería.

Estos documentos exhumados por el distinguido profesor, ponen una vez más de manifiesto el temple duro y la voluntad férrea del rey Felipe, su actividad incansable, su permanente atención aun a las cosas más insignificantes de su gobierno.

Lleva el libro un proemio y acompañan a los documentos breves comentarios, aquél y éstos muy oportunos e interesantes.

## Notas

En *Castilla*, notable revista de la Habana, leemos lo siguiente:

«*Unión Vallisoletana*.—El domingo 26 se reunieron los vallisoletanos en el Centro Castellano, para recibir la visita del canónigo de la Catedral de Valladolid Dr. Francisco F. Cabañas.

Era mensajero el Dr. Cabañas de una carta de la Excm. Diputación Provincial de Valladolid y de un regalo consistente en unos cuarenta tomos obsequio de aquella Ilustre Corporación.

Fué recibido el ilustre visitante por todos los vallisoletanos con su Presidente, nuestro distinguido amigo señor Felipe Carmona, a la cabeza, pasando al salón de sesiones.

Allí expuso el Dr. Cabañas el objeto que le llevaba, alegrándose de ello porque allí se encontraban los suyos, bajo un ambiente de cariño que se reflejaba en todos los semblantes. Entregó asimismo los libros de que fué portador, señalando que ellos eran tributos de la intelectualidad vallisoletana, por lo que era suficiente para que todos los naturales de aquella noble tierra los tuvieran en gran aprecio.

Fué contestado por el señor Carmona, agradeciendo a la Diputación y al señor Canónigo el obsequio, haciendo resaltar el amor que sienten por su inolvidable provincia, lo que así haría comprender a la Excelentísima Diputación.

Después de agradable conversación fueron obsequiados todos los concurrentes con dulces y tabacos, descorchándose varias botellas de Champán y elevando las copas en honor de Valladolid, de la Unión Vallisoletana de la Habana, de Castilla y del Centro Castellano, reflejándose en todos los reunidos un intenso regocijo.

Después le fueron enseñados al ilustre visitante todos los Estandartes expuestos en los salones del Centro, los que fueron justamente elogiados.

En el mes de junio se celebrará en Valladolid la coronación de Nuestra Señora de San Lorenzo, Patrona de Valladolid, en cuyo honor se celebrarán grandes fiestas religiosas. Con ese motivo, por suscripción la regalarán una corona de oro y piedras preciosas y un manto digno de ella.

Los vallisoletanos de Cuba quieren contribuir a ella también. Ellos son amantes de sus tradiciones y guardan en sus pechos la noble fe que les inculcaron en sus hogares. Es muy noble y muy justo.

En breves días se nombrará un Comité del que daremos cuenta al mismo tiempo que publicaremos la lista de los donantes, pudiendo anticipar que ésta ya alcanza una suma respetable.»